

PERIODIZACION DEL PENSAMIENTO ARGENTINO

por Diego F. Pró

En las páginas que preceden, hemos conseguido algunos resultados que echan luz en el tema de la periodización histórica en general y, naturalmente, en el de la periodización del pensamiento argentino. Aspectos inseparables del proceso histórico son la continuidad y la discontinuidad, que se presentan en la ontología vital de la historia, sosteniéndose recíprocamente, como que la continuidad se desarrolla a través de la discontinuidad y la discontinuidad es y fluye en la continuidad del movimiento histórico. No son aspectos irreconciliables y absolutos, que se tornarían en puro desarrollo continuista o en cortes e hiatos que aislarían totalmente los períodos, las épocas, las generaciones. La periodización del desarrollo histórico se fundamenta en la discontinuidad característica del curso histórico.

Las fechas que bordean hacia uno y otro lado los períodos, los ciclos, las generaciones, no se fijan arbitrariamente. Son siempre fechas significativas. No se trata de mojones puestos en la cronología, de una manera automática, a intervalos regulares de siglos, de milenios, de décadas, etc. No son piedras miliarias como las que jalonaban las vías romanas. Son fechas con valor histórico en la vida de un pueblo o de la humanidad. Generalmente señalan cambios de rumbo, nuevos modos de vida, valoraciones y preferencias diferentes de las anteriormente establecidas. Por fuerza esos cambios y mutaciones se inscriben entre determinadas fechas de la cronología, aunque sería una simplicidad atribuir a las fechas las variaciones del curso de la historia.

Los criterios que se han empleado para fijar los períodos de la vida histórica argentina, son los criterios políticos, militares y económicos. Los cambios en la vida política, social y económica son bien notables y destacados, aunque también más superficiales. Constituyen la congelación y la coagulación de movimientos más profundos, que acontecen en las entrañas de la vida histórica del país. No hay por qué recordar aquí los criterios de la historiografía general argentina, que han establecido períodos tales como el colonial, el independiente y, dentro de cada uno de ellos, otras periodizaciones menores, tales el descubrimiento, la conquista, la colonización, en el primero, y la revolución, la anarquía, la organización nacional, etc. para el segundo. En estas particiones de la Historia Argentina predominan los criterios de la vida política y militar. Juan B. Justo con su libro *Teoría y práctica de la historia* abre el camino de la interpretación económica y de la consiguiente periodización de la vida argentina, por cuyo rumbo (aunque con aparejo crítico y resultados diferentes) siguen muchos investigadores actuales.

PERIODIZACION DECENAL EN LA HISTORIA ARGENTINA

Además de las particiones de la historia argentina en lapsos dilatados (época pre-independiente, época independiente, etc.), cuyas denominaciones y criterios son de índole política, se ha propuesto particiones decenales. Narciso Binayán en su trabajo *Ciclos de la Historia Argentina* (1) y Lizondo Borda en un artículo de revista (2) traen los nombres de los que han empleado la periodización decenal para el siglo XIX argentino. En orden cronológico esos nombres son los de Sarmiento, Mansilla y Groussac, a los que se suma el de Manuel Lizondo Borda, aunque con conciencia plena de las limitaciones de tal criterio historiográfico. Los tres primeros habrían aplicado el criterio decenal en forma independiente, sin conocimiento recíproco de las fechas propuestas. Estas son coincidentes en los tres autores mencionados, con leves diferencias sin mayor importancia. Se apartan si en los hechos históricos con que jalonan la periodización de la historia argentina y es constante en ellos, en cambio, el criterio político en la elección de aquéllos. El historiador Lizondo Borda propone, por su parte, su propias calificaciones. Señalamos las fechas y calificaciones que proponen los cuatro autores mencionados.

- 1810: Año de la Revolución o de la Emancipación en Sarmiento, Mansilla y Groussac. Lizondo Borda enmarca la primera década entre 1801-1810 y el proceso histórico que transcurre entre esas fechas es preparatoria de la conquista del poder por los criollos. La fecha de 1810 corresponde a la de la conquista del poder, conocida con el nombre de Revolución de Mayo.
- 1820: Año de "la disolución del gobierno" (Sarmiento), de la guerra civil (Mansilla) o de la Anarquía (Groussac). Las tres calificaciones hacen referencia a los mismos acontecimientos. Lizondo Borda establece las fechas de 1811 y 1820 como límites del "proceso de la independencia definitiva y de la disolución de las provincias coloniales para la formación de las actuales provincias argentinas, como elementos básicos de la nueva Nación". El año de 1820 es para él el de la formación de las actuales provincias argentinas en su casi totalidad, con la disolución del Gobierno Nacional, que fué su gran obstáculo.
- 1830: Año del triunfo de las anarquías provinciales (Sarmiento), de Rosas (Mansilla) o del advenimiento de Rosas (Groussac). También aquí hay coincidencia entre los autores citados. Lizondo Borda encierra esta década entre los años 1821 y 1830 y caracteriza el proceso de la misma como "preparatorio de la hegemonía de Buenos Aires sobre el resto del país". El año

1) Narciso Binayán: *Ciclos de la historia argentina*. Edici. Sociedad de Historia Argentina. Buenos Aires, 1943.

2) Lizondo Borda: *Fechas y ciclos de la historia argentina*. En la Revista "Sarmiento", vol. II, Nº 22. pág. 3-7. Febrero. Tucumán, 1953.

- de 1830 es el de la "consagración de la hegemonía de Buenos Aires con Rosas como gobernador".
- 1840: Año del terror orgánico en Buenos Aires (Sarmiento), de los degüellos (Mansilla) o del terror (Groussac). Las calificaciones son coincidentes. Lizondo Borda limita el decenio con las fechas de 1831 y 1840 y caracteriza el proceso histórico como "proceso afirmativo de la dictadura de Rosas, gobernador de Buenos Aires, sobre todo el país". El año 1840 es el de la "afirmación explosiva de la dictadura de Rosas, sin embozos ni formas legales".
- 1851: Año de la caída de Rosas (Sarmiento); el (50) de la alianza de Urquiza para derribar a Rosas (Mansilla) o del pronunciamiento de Urquiza (Groussac). Mansilla puso por error el año 1850 como el de la alianza de Urquiza para derribar a Rosas. Esa alianza se hizo en 1851. Las calificaciones coinciden en el fondo. Bordea esta década Lizondo Borda con las fechas de 1841 y 1850. Hay en ella un "proceso de debilitamiento y caída de la dictadura de Rosas". El año 1850 señala la "decisión definitiva de Urquiza, gobernador de Entre Ríos, sobre la deposición de Rosas, dictador del país".
- 1860: Año de la "reconstrucción constituida de la República" (Sarmiento), de Pavón (Mansilla y Groussac). En Mansilla y Groussac se desliza un error. La batalla de Pavón es de 1861 y no de 1860. Lizondo Borda fija como fechas límites de esta década los años de 1851 y 1860, con el proceso histórico de "la organización constitucional federal y de la desmembración del país, con la caída de Rosas que fué su obstáculo". El año 1860 es el de la organización constitucional de la Nación con la integración de Buenos Aires.
- 1870: Año de "la práctica de la constitución" (Sarmiento), de "una revolución" (Mansilla) o de "la terrible epidemia del 71" (Groussac). Mansilla alude a la revolución de López Jordán. Groussac no emplea en este caso una calificación política, sino que se refiere a un conocimiento y no propiamente a un hecho histórico. Lizondo Borda enmarca esta década entre 1861 y 1870 y habla del proceso de "la imposición nacional de Buenos Aires sobre todo el país con la destrucción de los últimos caudillos federales". En 1870 desaparece el último gran caudillo federal con el asesinato de Urquiza.
- 1880: Año del "predominio de una familia" (Sarmiento), de "otra revolución" (Mansilla) o de "la guerra civil" (Groussac). Las calificaciones continúan siendo políticas. La década de 1871 hasta 1880 se caracteriza, según Lizondo Borda, por "el pro-

ceso de la imposición del Gobierno Nacional sobre Buenos Aires y el resto del país". En el año de 1880 la "imposición definitiva del Gobierno Nacional sobre Buenos Aires, con la federalización de su gran Capital".

- 1890: El año de "la última revolución" (Mansilla) o de "la revolución cívica" (Groussac). Sarmiento ya había muerto. Entre 1881 y 1890 se desarrolla, según Lizondo Borda, "el proceso de la primera gran crisis económica y política de la Nación". En 1890 la explosión de esa crisis.
- 1900: Sin calificación en Mansilla y Groussac. Lizondo Borda califica la década que va entre 1891 y 1900 como del "proceso preparatorio de conquistas sociales y políticas del pueblo de la Nación". En 1900 se inician las primeras conquistas políticas y sociales.

La periodización decenal que hemos desarrollado a través de sus autores más representativos, no resiste la crítica histórica y filosófica, y el mismo Lizondo Borda tiene perfecta conciencia de ello. Se trata de un criterio cronológico. Los pasos de la historia argentina se dan en lapsos de diez años. A la partición cronológica se le cuelgan hechos políticos de importancia en la vida de la Nación. Esas particiones decenales y esos criterios políticos resultan estrechos cuando de lo que se trata es de la historia del pensamiento argentino, o de la cultura argentina, si se quiere incorporar otras importantes manifestaciones, tales como el arte, el pensamiento teológico, las ideas jurídicas, etc. Las realidades políticas llaman más la atención, porque son más notables y más superficiales. Hay otras dimensiones, las de la profundidad (el pensamiento filosófico, las ciencias, el derecho, el pensamiento religioso) que van cambiando insensiblemente las valoraciones y preferencias de las gentes y las épocas. Esas actividades de la tercera dimensión no caben en la planimetría elaborada con criterio político.

La periodización decenal adolece de otras fallas. El historiador Lizondo Borda (de formación croceana) se da cuenta de las insuficiencias cuando nos dice: "...a nosotros mismos no nos satisfacen todos los procesos decenales apuntados, ni aceptamos que todos ellos puedan ser fijados así, de una manera estricta. Porque sería demasiada coincidencia que la historia argentina del siglo XIX se hubiese desarrollado por décadas rigurosas, sin salirse de ellas en ningún momento. Tan así es que nosotros mismos tenemos enmarcada esa historia de manera más lógica, en períodos más largos, y diferentes en cuanto a duración" (3). El tiempo de la realidad histórica es distinto del tiempo cronológico, que es un tiempo espacializado y mostrenco. Naturalmente, los acontecimientos del proceso histórico se inscriben en el tiempo cronológico, pero ello no significa que la cronología determine el desarrollo histórico. La periodización histórica de un pueblo no puede ser tan numérica y cronológica,

3) Lizondo Borda: *Fechas y ciclos...* Idem.

tan esquemática, porque entonces la partición en períodos (que se funda en el aspecto de la discontinuidad histórica, tan intrínseco a la realidad histórica como el de la continuidad) se vuelve exterior y naturalista. La periodización es intrínseca al proceso histórico y no puede estar sujeta a ningún ritmo exterior ni a las necesidades prácticas de la cronología y la erudición. El esquema cronológico de días, años, décadas, siglos, milenios, etc., se establece tomando como base la rotación y la translación de la tierra sobre sí misma y alrededor del sol, respectivamente. Mal podemos someter mecánicamente a él la realidad histórica, que es vital y espiritual según su propia ontología.

LA PERIODIZACION GENERACIONAL

Otra forma de periodización histórica es la generacional. Ortega y Gasset afirma que la estructura interna del proceso histórico está hecha de generaciones. Los pasos de la realidad histórica se cuentan por generaciones. Este criterio de partición del desarrollo histórico es, desde el punto de vista de la historia de la cultura y el pensamiento argentinos, una superación de las formas de particiones que hemos considerado hasta ahora. Pero es preciso que el concepto de generación se delimite desde el punto de vista histórico-cultural (incluyendo el punto de vista del pensamiento filosófico), porque de lo contrario se cae en otra forma de periodización mecánica y automática, de casilleros mostrencos y vacíos. Los antecedentes del uso del método histórico-cultural se encuentran, en el siglo pasado, en Burckhardt y Dilthey, aunque estos historiadores no ahondaron mucho en el criterio de las generaciones. En lo que va del siglo esa interpretación ha recibido importantes contribuciones, entre las que recordamos la de Pinder en su *Historia del Arte* (desde el punto de vista de las generaciones artísticas), la de Petersen, quien ha estudiado el problema de las generaciones literarias, la de Francisco Ayala y su versión sociológica, la de Ortega y Gasset y la de tantos otros.

Cada uno de los autores mencionados ha fijado el concepto de generación con distintos elementos extraídos de la historia y la cultura. Pinder emplea este sistema de periodización para explicar la unidad estilística y el ritmo con que se suceden los estilos en la historia del arte. Cada generación presenta una coincidencia, un aire de familia en la evolución de los problemas plásticos, que se advierte y reconoce en las obras. Lo decisivo en esta interpretación es el contenido espiritual o forma espiritual que se presentan en las creaciones artísticas y que permite fijar el concepto de generación artística. Petersen configura el contenido del concepto con los siguientes elementos significativos: 1) la coincidencia en la fecha de nacimiento, con un margen de variación de pocos años; 2) homogeneidad de formación, es decir haber recibido los mismos o semejantes elementos formativos, a través de la época, la educación, etc.; 3) relaciones personales entre sus miembros; 4) caudillaje, hombres que se ponen al frente de las distintas promociones de gentes; 5) la existencia de un lenguaje generacional, esto es, un lenguaje que expresa las comunes preferencias de una generación; 6) y el anquilosamiento de la generación anterior. Esta configuración de los elementos esenciales de la cate-

goría historiográfica de generación resulta demasiado analítica y rígida, además de ser muy discutible la necesidad de algunos de tales elementos. Por otra parte, Petersen trabaja con generaciones literarias y no con generaciones históricas.

En su *Tratado de Sociología*, Francisco Ayala dice que, tomada en conjunto, "una generación se realiza en el vivir; y que lo que la distingue de las demás es su estilo de vida" (4). No le parece suficiente la coetaneidad (no existen grupos separados de coetáneos) ni la experiencia subjetiva, por muy flúida y cambiante. Tampoco le parecen decisivas las obras, ya que el "espíritu de generación" de las mismas son "expresión de una comunidad espiritual previa de sus autores" (5). Otra objeción del sociólogo español dice que muchas actividades humanas no se concretan en obras culturales. Buena parte de la *praxis* del hombre se manifiesta de mil otras maneras en la corriente de la vida. Prefiere el concepto englobante de estilo de vida. Y escribe acerca de éste: "El estilo de vida se refleja, por lo que se refiere al artista, en la fisonomía de su producción, se refleja para el héroe en el sello de sus hazañas, y para el santo en el tono y forma de su santidad, y para el hombre vulgar en el conjunto de sus actitudes, preocupaciones, aspiraciones, costumbres, usos, etc.; en definitiva, se refleja en lo que es la vida misma" (6). Claro que el autor no nos dice cuál es el alcance del término vida, que es básico en sus inquisiciones, aunque el hecho de que haya pertenecido al grupo de universitarios españoles formados alrededor de Ortega y Gasset nos incline a pensar que se trata de la vida histórica tal como la entiende el filósofo español.

Ortega y Gasset considera que la generación es el concepto más importante de la historiografía. En su obra *El tema de nuestro tiempo* leemos: "La generación, compromiso dinámico entre masa e individuo, es el concepto más importante de la historia y, por decirlo así, el gozne sobre el que ésta ejecuta sus movimientos" (7). Este filósofo de la historia sostiene que la generación constituye la estructura interna del desarrollo histórico y nos habla de generaciones históricas en sentido integral, al margen de las especializaciones en el aspecto de las ideas, las artes, los usos, etc. Son generaciones históricas totales. Su concepto de generación histórica no quiebra la continuidad de la historia, no introduce cortes o hiatos en su desarrollo, ni hace que el proceso histórico sea amorfo. De las condiciones que propone Petersen, Ortega y Gasset retiene tan sólo dos: la misma edad y tener algún contacto vital. Estas notas emanan de las mismas generaciones y no al revés. No estamos en presencia de una seriación automática y mecánica del desarrollo histórico. Por eso esas notas no son rígidas, antes bien son flexibles y, por decirlo así, aspectos notables de la realidad histórico-cultural de las generaciones. Cada generación

4) Francisco Ayala: *Tratado de sociología*. Tomo II, La generación sociológica. Edición Losada. Buenos Aires, 1950.

5) Francisco Ayala: *Tratado de Sociología*. Tomo II, La generación sociológica. Edición citada.

6) Francisco Ayala: *Tratado de Sociología*. Tomo II. La generación sociológica. Edición citada.

7) José Ortega y Gasset: *El tema de nuestro tiempo*. Pág. 15. Edic. Buenos Aires, 1947.

representa "cierta altitud vital, desde la cual se siente la existencia de una manera determinada". El lapso que abarca una generación es de más o menos treinta años, partido en dos mitades, una de las cuales corresponde a los años de preparación (de los treinta a los cuarenta y cinco) y la otra a los de gestión, predominio y mando (desde los cuarenta y cinco a los sesenta). En su estudio *En torno a Galileo* establece esas jornadas de la generación (8). Este aspecto de predominio y mando hay que tomarlo en sentido global, en la generación globalmente tomada. Como señala Emilio Carilla en su trabajo *Literatura Argentina (Esquema generacional)*, "en las letras, a menudo, la creación, la polémica y el predominio unilateral coexisten" (9). Con respecto a la coetaneidad, Ortega y Gasset establece un distingo entre generaciones originales, decisivas, que cambian el rumbo de la fluencia de los valores en la historia, y las generaciones cumulativas, que viven con las preferencias y valoraciones e ideas de la generación anterior.

EL CRITERIO GENERACIONAL EN LA PERIODIZACIÓN DE LA HISTORIA DE LA CULTURA ARGENTINA

El problema de la partición generacional de la historia de la cultura argentina es relativamente reciente. No ha surgido como un problema de gabinete, sino de la necesidad de ahondar en la interpretación de la historia del pensamiento y la cultura del país. Se planteó primero en el terreno político y social, en el literario después y, por último, en el de las ideas y en el histórico-cultural en general. Se puede decir que la conciencia de la cuestión se agudiza a partir de 1930. Conciencia de pertenecer a una generación la tuvieron en el siglo pasado los hombres de la generación que llamamos de 1837. En los escritos de Echeverría, de Alberdi, de Sastre, de Gutiérrez, de Sarmiento encontramos referencias a la "nueva generación", que llaman de 1837. También las hallamos en los hombres de la generación de 1880 y en la de 1896. Entre estos últimos, Joaquín V. González en su discurso sobre *Almafuerte y la constelación de sus contemporáneos* (1916), habla de tres generaciones de poetas: "los de la edad heroica", "los de la generación anterior" a la actual juventud (Andrade, R. Gutiérrez, Guido Spano, Obligado, Oyuela, Castellano y Almafuerte) y en la promoción de aquellos años. No se encuentra en todos estos hombres el intento de elaborar una teoría generacional y aplicarla a la seriación de hombres, ideas, obras y climas culturales de la Argentina.

Alrededor del año 1930 proliferan los ensayos de interpretación del pasado argentino a través del criterio de las generaciones. José Nicolás Matienzo, en una conferencia que pronunciara en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires en 1929 (el 4 de diciembre) con el título de "La ley de

8) José Ortega y Gasset: *En torno a Galileo*. En *Obras Completas*, tomo V, pág. 38. Madrid, 1947.

9) Emilio Carilla: *Literatura Argentina (Esquema generacional)*. Edic. Facultad de Filosofía y Letras de Tucumán, 1952.

las generaciones en la política argentina”, y publicada en 1930 con ese mismo nombre, afirma que los movimientos de opinión pública cambian en el país siempre antes de los 18 años, y que tales ritmos de opiniones coinciden con la sucesión de generaciones. “Desde 1810 —escribe Matienzo— ningún régimen, ni la tiranía de Rosas, ha alcanzado a durar 18 años, y desde 1862, los cambios de opinión pueden efectuarse regular y pacíficamente cada 18 años, en el acto de elegir presidente, es decir, cada tres presidencias” (10). Matienzo señala estas fechas: 1862, 1880, 1898 y 1916. Rodolfo Rivarola ha estudiado el mismo problema y sostiene que los cambios de rumbo se producen cada treinta o treinta y cinco años en la cultura argentina. Parte del año 1791 y llega hasta 1911. Propone las siguientes fechas direccionales: 1791, 1821, 1851, 1880, 1911 (11). Alejandro Korn comienza distinguiendo entre el período colonial y el período independiente. En el primero se sucedieron generaciones a pesar del aparente manto uniforme de la época. Señala dos derroteros fundamentales: el de los jesuitas y el de la política liberal de Carlos III. El historiador de las ideas que más ha ahondado en la época pre-independiente es Guillermo Furlong. En su libro *Origen y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata* divide el desarrollo del pensamiento filosófico en tres etapas: 1) predominio escolástico, que se dilata desde 1536 hasta 1773, aunque a partir de 1710 las influencias cartesianas son cada vez más profundas; 2) eclipse total o parcial de la filosofía escolástica y predominio de las ideas filosóficas modernas desde 1773 hasta 1800; 3) eclecticismo filosófico, desde 1800 en adelante (13). Con particular detenimiento en el período independiente, se han ocupado de la historia de las ideas filosóficas, políticas y sociales José Ingenieros (14), Vicente Quesada (15), Juan Chiabra (16), Enrique Martínez

-
- 10) José Nicolás Matienzo: *La ley de las generaciones argentinas*. También figura en la obra de Matienzo: *La revolución de 1930 y los problemas de la democracia argentina*. Pág. II, Edic. Anaconda, Buenos Aires, 1930. *La ley...* fue una conferencia pronunciada en la Facultad de Filosofía y Letras el 4 de diciembre de 1929.
- 11) Rodolfo Rivarola: *Ciclos de ideas fuerzas en la historia argentina*. En el diario “La Nación”, 7 de marzo de 1932. Buenos Aires. También en su obra *Ensayos Históricos*, Buenos Aires, 1941.
- 12) Alejandro: *Influencias de las ideas filosóficas en la evolución nacional*. En obras completas. Editorial “Claridad”, Buenos Aires, 1949.
- 13) Guillermo Furlong: *Origen y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata*. Editorial Kraft, Introducción. Págs. 11-31. Buenos Aires, 1949.
- 14) José Ingenieros: *La evolución de las ideas argentinas*. Tomos I y II. Edic. L. J. Rosso y Cía. Buenos Aires, 1920.
- 15) Vicente Quesada: *Escenas de la vida colonial en el siglo XVII*. Editorial Huarpes. Buenos Aires, 1945.
- 16) Juan Chiabra: *La filosofía en la Colonia*. Estudio introductorio a la traducción de las obras de Fray Elías del Carmen. Edición del Centenario. Buenos Aires, 1910.

Paz (17), Delfina Varela de Ghioldi (18), María Angela Fernández (19), Miguel Sola (20), Carlos Zuretti (21). Sin olvidar los puntos de mira de Juan María Gutiérrez en su obra *Origen y desarrollo de la enseñanza pública superior*. Ninguno de los trabajos mencionados ha realizado el intento de aplicar el criterio generacional a la época pre-independiente. Para parte del siglo XIX argentino, Alejandro Korn distingue tres generaciones: la de los próceres, la de Caseros o del Régimen, y la generación del 80 (22). A todas las une lo que Korn llama erróneamente el positivismo autóctono, expresión que ya había empleado Groussac sin mucha conciencia crítico-filosófica. Los trabajos de Coriolano Alberini y de Juan Luis Guerrero han aventado el equívoco.

Abundan los ensayos de periodización generacional en el terreno de la literatura. Ya recordamos el antecedente que significa Joaquín V. González. En Ricardo Rojas, en su *Historia de la Literatura Argentina*, no encontramos aplicado el criterio generacional. Alberto Gerchunoff reconocía las siguientes generaciones: la de los constructores y organizadores del país, la de los "dilettantes" y la de la literatura en actividad (1895-1910) (23). Arturo Cambours Ocampo reconoce seis generaciones literarias y las ata a estas fechas: 1810, 1830, 1880, 1907, 1922 y 1930 (24). El ensayo más orgánico y abarcador es el de Emilio Carilla, a pesar de su carácter esquemático. Poco importa acá si sobra tal o cual nombre o falta tal o cual otro. En su estudio *Literatura Argentina* (Esquema generacional) estudia con el criterio de las generaciones el desarrollo de las letras en el país desde 1800 hasta 1950. Aplica rigurosamente la partición propuesta por Ortega y Gasset y las notas de coetaneidad y contemporaneidad. Naturalmente sostiene su esquema con nombres y obras de autores. Fija las siguientes generaciones, que se suceden como las tejas de un techo: 1810, 1821, 1837, 1853, 1866, 1880, 1896, 1910, 1924, 1940.

El criterio de periodización generacional nos parece adecuado para estudiar la historia del pensamiento argentino, siempre que el concepto de generación conserve su contenido histórico-cultural y su empleo no sea automático, desfondado de todo contenido espiritual. Como la cronología, las fechas generacionales no dan realidad histórica a las generaciones, sino al revés, son

- 17) Enríquez Martínez Paz: *Una tesis de filosofía del siglo XVIII en la Universidad de Córdoba*. En la revista de la Universidad de Córdoba, Año VI, págs. 228-286.
- 18) Delfina Varela de Ghioldi: *La generación argentina del 37*. Ediciones Populares Argentinas. Buenos Aires, 1956.
- 19) María Angela Fernández: *Límites de la historia de la cultura argentina*. Edic. Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires. La Plata, 1959.
- 20) Miguel Sola: *Compendio de historia de la cultura argentina*. Edic. Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires. La Plata, 1959.
- 21) Carlos Zuretti: *Historia de la cultura argentina*. Edic. Itinerarium. Buenos Aires, 1955.
- 22) Alejandro Korn: *Influencias de las ideas filosóficas en la evolución nacional*. En *Obras Completas*. Edic. Editorial Claridad. Buenos Aires, 1949.
- 23) Ricardo Rojas: *Historia de la literatura argentina*. Edic. Losada, Buenos Aires, 1948.
- 24) Arturo Cambours Ocampo: *Indagaciones sobre literatura argentina*. Págs. 37-28. Buenos Aires, 1952.

las generaciones las que confieren significación histórica a las fechas. No se trata de concebir las generaciones como los peldaños de una escala, yuxtapuestos, sin continuidad por dentro. Las generaciones realizan la continuidad y la discontinuidad del proceso histórico. Expresándolo en una fórmula diríamos: la continuidad a través de la discontinuidad y la discontinuidad a través de la continuidad del desarrollo de la historia argentina.

LAS GENERACIONES EN LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO ARGENTINO

Con la expresión "El pensamiento de la generación de 1910" no nos referimos a todos los aspectos de la cultura argentina durante el período de preparación y actuación de los hombres del Centenario. El horizonte de nuestra búsqueda está fijado por la palabra "pensamiento" de la promoción de 1910. Con tal término aludimos, en primer lugar, al pensamiento filosófico que nutrió el pensamiento y las manifestaciones culturales de la cultura argentina durante el lapso que va entre 1910 y 1940, comprendiendo en él los años de preparación, que llegan hasta 1925 más o menos, y los de gestión, que alcanzan hasta la década del 40. En segundo término, nos referimos al pensamiento que, sin ser rigurosamente filosófico y desenvuelto de un modo sistemático, como es el caso de los escritores ensayistas, constituyen también la tercera dimensión de la cultura de la época, sin cuyo conocimiento no se puede apreciar con claridad las otras actividades de la generación, tales como las letras, las artes plásticas y musicales, la *praxis* política, los cambios de la vida universitaria, secundaria y elemental, las ideas pedagógicas, económicas, etc.

No hay que pensar, sin embargo, que cada generación argentina haya traído un sistema de ideas y de pensamiento completamente nuevo y diferente con respecto a la generación anterior. Ha habido generaciones cumulativas, que han vivido poco más o menos con los mismos repertorios de ideas y de valores. Otras que han sido decisivas y han significado un cambio de rumbo en la historia del pensamiento y la cultura argentina. Esta situación nos muestra que la periodización generacional (como a la postre cualquier otra que se adoptara) no supone la automatización o la mecanización del proceso histórico. Ocurre que la penetración del iluminismo, el romanticismo, el positivismo y el espiritualismo idealista impregna hasta dos y tres generaciones, que desarrollan esas orientaciones filosóficas con sesgos peculiares. El iluminismo penetra en la generación de 1810, con Belgrano, Castelli, Moreno, Vieytes, Monteagudo, Moldes, etc. Influyen en ellos el enciclopedismo francés y el iluminismo español que se difundió durante el reinado de Carlos III. En cada uno de esos hombres, la selección de las ideas y su aplicación a la *praxis* política tiene rasgos personales. El iluminismo francés del segundo momento, la ideología, alcanza su máximo desarrollo en la generación de 1821, con hombres como Rivadavia, Crisóstomo Lafinur, Juan Manuel Fernández de Agüero, Juan Cruz Varela, Diego Alcorta, Valentín Alsina, Juan Valentín Gómez. El iluminismo de esta

segunda generación se caracteriza por su racionalismo sensacionista o ideología, cuyos representantes europeos, particularmente franceses son Condillac, Cabanis, Destutt de Tracy, Mably, etc. Y lo que decimos de la penetración de la filosofía y el pensamiento de la ilustración, se puede afirmar del romanticismo, el positivismo y el espiritualismo idealista, que destiñen en varias generaciones, como lo veremos más adelante.

Hay que destacar, además, que el pensamiento de una generación, si bien tiene un aire de familia común, tiene sectores distintos. El concepto de generación no significa uniformidad total. Así, en la generación de 1880, fuertemente teñida por el positivismo filosófico, existe todo un sector de hombres importantes e influyentes que viven y piensan dentro de las ideas católicas tradicionales, inspirados principalmente en la filosofía de Balmes. Positivistas y católicos coinciden, sin embargo, en un fondo común: sus convicciones de filosofía política, sus ideas democráticas liberales. Con otras variantes, la situación se repite en todas las generaciones argentinas. También hay que destacar la ecuación personal, intransferible, peculiar de cada figura dentro de su promoción, que significa siempre la afirmación de la personalidad y la libertad. No se trata de encasillar a los hombres y figuras, desnudándolos de todo lo personal y propio. Hemos dicho ya que ponemos en el centro del proceso histórico al hombre, sus actividades culturales y prácticas de toda clase, el hombre real y concreto, que mal puede diluirse en ningún esquema generacional si conservamos los contenidos históricos culturales y los aspectos y matices personales. Reconocemos que el criterio generacional tiene limitaciones y que nunca puede dar la imagen total de la realidad histórica, de su ontología vital. Esta es una insuficiencia insalvable de la gnoseología histórica. Siempre el conocimiento será limitado y la línea que describa la comprensión histórica nunca coincidirá exactamente con la línea que describa la ontología vital de la historia. Por algo una cosa es la realidad histórica y otra la historiografía, aunque ambas sean quehaceres del hombre, pero que pertenecen a distintas dimensiones: una al ser y el valer históricos, la otra al conocimiento historiográfico. A la postre todo método de investigación es también una limitación.

ESQUEMA GENERACIONAL ARGENTINO

No existe un esquema generacional argentino elaborado desde el punto de vista de la historia del pensamiento del país. Lo más completo y abarcador que conocemos es el esquema de Emilio Carilla para la literatura argentina. Se trata de un enfoque literario. El que intentamos aquí es filosófico y en cierto modo constituye una filosofía de la historia argentina y una filosofía de la filosofía argentina. Caracterizaremos el pensamiento filosófico de cada generación, daremos la cronología generacional, mencionaremos obras importantes, sin ánimo de realizar una labor que escaparía a la presentación globular de la cuestión. El conocimiento de la penetración y desarrollo de las sucesivas corrientes de ideas en la historia del pensamiento y la cultura argentina, la sucesión de las generaciones y la manera cómo éstas han encarado los problemas de la vida y el mundo, completará el afinamiento crítico, filosófico e histórico que nece-

sitamos para iniciar la indagación de los caracteres del pensamiento de la generación de 1910. Tal es el sentido del esquema generacional que proponemos.

PENSAMIENTO DE LA GENERACION DE 1810

Concentrando resultados, podemos decir que hay dos núcleos en la generación de 1810: el del que prolonga el pensamiento tradicional de la época pre-independiente y representa las fuerzas de la necesidad histórica, y el de los hombres que otean el futuro, exaltan la libertad y tratar de formar la conciencia histórica nacional mediante una fuerte voluntad política. Las ideas iluministas traen el fermento renovador en el fondo tradicional de la filosofía escolástica, ya sea de los franciscanos de los últimos tramos del siglo XVIII, o antes, de los jesuitas, cuya enseñanza se inspiraba en la filosofía de Suárez. La realidad histórica durante la actuación de esta generación se presenta con una complejidad de ovillo de distintos colores. No hay pura tradición ni hay pura renovación. Ni puro pensamiento tradicional ni puro pensamiento iluminista. Alberdi, en su discurso en la inauguración del Salón Literario en 1837, vio bien el problema central de esta generación: el problema del *porqué* y del *para qué* de la Revolución de Mayo. El primero tenía una o varias respuestas satisfactorias en las causas económicas, políticas, situación de España, acción de Napoleón, intereses ingleses, etc. El segundo problema, el del sentido de la Revolución y la formación de la conciencia nacional, dividía a los dos sectores de esta generación. Los iluministas querían lograr la formación de la conciencia nacional partiendo de una concepción iluminista de la historia, la nacionalidad y el Estado, con descuido muchas veces de las particularidades históricas y geográficas. Consideraban que el problema de la formación de la conciencia nacional (el problema del *para qué*) podía resolverse con los actos de una fuerte voluntad política y con la ruptura de la tradición. Moreno dice en el prólogo de la reedición del "El Contrato Social", que imprime en Buenos Aires, que el movimiento de Mayo constituye una "revolución feliz en las ideas". Y el dean Funes, en un artículo en "La Gazeta" del día 20 de noviembre de 1810, insiste en estos conceptos iluministas cuando escribe: "una feliz revolución en las ideas nos sacó de esa indiferencia estúpida que caracteriza a los pueblos esclavos". Los hombres más representativos de esta orientación de filosofía política entienden que la formación de la nacionalidad tiene que ser coincidente con la formación del Estado. La nacionalidad nueva no tiene que deber nada al pasado. De allí el deseo y la decisión de cortar todos los lazos que los unían a España. Esta concepción se prolonga después en la generación rivadaviana, que trata de modelar el pueblo con una mentalidad nueva, y pone el Estado como creador de la Nación.

Los hombres que representaban la tradición eran más realistas. No hay más que recordar la acción y los escritos de Cornelio Saavedra, de Juan Ignacio Gorriti, de José Cayetano Rodríguez, de Ignacio Castro Barros. En ellos tenían primado lo histórico, las tradiciones, y eran reacios a toda imposición de fuerzas o por la fuerza. La conciencia nacional, que para ellos era anterior al Estado, tenía su fuente en la comunidad de tradiciones, de

lengua, de intereses, de religión. Era preciso optar y optaron según la respectiva filosofía política. Es evidente que la influencia decisiva para la constitución de la conciencia nacional sólo podía llegar a través de la fuerte voluntad política de los hombres de la ilustración argentina. La realidad histórica que nutrieron con su pensamiento y su acción los hombres de Mayo presenta un sabio entrevero de elementos tradicionales e iluministas. Tirar de un hilo de la madeja y colorear todo el proceso con el color de ese hilo es no tener conciencia histórica. Todos hicieron su papel con generosidad, con sacrificios, con decisión, con desinterés, quemándose en la *praxis* para que como estela quedara la independencia y las primeras instituciones del país.

¿Cómo llegaron las ideas iluministas al Río de la Plata? Arribaron por dos vías: la de España, primero, y más tarde la directa de los contactos con los hombres y los libros de Francia, Inglaterra, Holanda y Portugal. De España entraron los datos del iluminismo, sin negaciones excesivas, durante el reinado de Carlos III. En el siglo XVIII España es invadida por las ideas del iluminismo francés, que tienen efecto fermentativo en las ideas políticas, en la teoría del derecho natural, en las orientaciones económicas, en el pensamiento filosófico. En la Universidad de Salamanca existía una librería francesa que vendía obras de los autores de la ilustración francesa: Rousseau, Voltaire, Montesquieu, Reynal, Mably, Condorcet, Helvetius, Turgot. Corren los años del despotismo ilustrado, del progresismo radical. Floridablanca, Aranda, el conde de Campomanes son muy admirados por los hispanoamericanos y son representantes importantes e influyentes de este momento de la historia de España.

Pero no sólo a través de España llega el pensamiento iluminista al Río de la Plata. El ambiente cultural de las dos ciudades más activas de ambas orillas, Buenos Aires y Montevideo, fue conociendo poco a poco aquellas ideas a través de los contactos directos con las gentes a quienes los intereses comerciales, políticos e internacionales de Francia, Inglaterra, Holanda y Portugal arrimaban a esta región de América. Las invasiones inglesas y los acontecimientos posteriores, entre ellos los del 1º de enero de 1809, favorecieron y agudizaron la conciencia del propio valor y de la autonomía del Río de la Plata, iluminándolas unos con la filosofía política tradicional de la teoría del contrato social de Suárez, los otros con las ideas políticas de Rousseau, de los economistas fisiócratas y liberales, de las doctrinas de los enciclopedistas y de Montesquieu.

Cronología generacional de los hombres de 1810

Los hombres de la generación de 1810 nacen entre 1780 y 1790. Comienzan a actuar alrededor de los treinta años de edad. Pero hay que decir que junto a ellos actúan otros hombres de una generación anterior, que estaban ya en plena gestión en la *praxis* de la vida política, social y militar de los últimos años del período preindependiente. Nos referimos a hombres como Cornelio Saavedra (1759-1829), Castelli (1764-1812), dean Funes

(1749-1829), el mismo Belgrano (1770-1821) y algunos más. Entre los que comienzan a actuar en torno a los años de la Revolución de Mayo figuran Mariano Moreno (1778-1811), Vicente López y Planes (1785-1856), Bernardo Monteagudo (1787-1825), Bartolomé Hidalgo (1788-1822), y José Valentín Gómez (1774-1833).

El pensamiento y el sentido de la acción de los hombres de esta generación se revela en la actuación y en las obras históricas y escritas de los mismos. Como lo que importa aquí son las últimas, señalemos los límites extremos: el tradicionalismo de las *Memorias* de Saavedra y los escritos de Monteagudo, con su exaltación iluminista, pasando por el pensamiento y la actitud atemperada de Belgrano, en los cauces del iluminismo, o el tradicionalismo también atemperado del dean Funes, y el activismo de Mariano Moreno y sus escritos en *La Gazeta*, que muestran su filosofía política de carácter iluminista.

PENSAMIENTO DE LA GENERACION DE 1821

El iluminismo penetra en el pensamiento argentino con los hombres de la generación de 1810, sin negaciones excesivas en general, salvo tal o cual excepción como la de Monteagudo. Esa penetración se inicia con Belgrano. Pero las ideas iluministas van a teñir el pensamiento y la acción de la segunda generación argentina, la de 1821, esta vez bajo la forma del pensamiento de la Ideología francesa, que puede considerarse como un iluminismo renovado. Es una derivación de la filosofía de las luces. La ideología trata de conciliar el racionalismo de la filosofía de la ilustración francesa con el empirismo racionalista de la filosofía inglesa.

Como el iluminismo del siglo XVIII, los ideólogos afirman que la razón es el supremo tribunal que debe entender en todos los problemas que inquietan a los hombres, desde los económicos hasta los religiosos. Mantienen su doctrina del progreso que tiene los siguientes caracteres: fe en la razón legisladora, cierto antihistoricismo, tendencia a la universalización y descuido de la particularidad, optimismo activo. Los ideólogos van a desarrollar una filosofía de síntesis, de fuerte acento sensista en Condillac y Destutt de Tracy y de índole fisiológica en Cabanis. Esta última dirección desemboca en el materialismo.

La ideología tiene varios representantes en la enseñanza filosófica de aquella época en la Argentina. Es la corriente filosófica dentro del período independiente que deja obras de decidido contenido filosófico. En la generación de Mayo las ideas filosóficas van involucradas en la acción y los escritos políticos de sus hombres. En la de 1821 encontramos obras de enseñanza filosófica y se puede decir que ellas constituyen los primeros documentos directos de la historia del pensamiento argentino durante la vida independiente del país. Hallamos en primer lugar la figura de Crisóstomo Lafinur que enseña la ideología en el Colegio de la Unión del Sud, la primera transformación en 1820, del desaparecido Colegio de San Carlos. Su obra *Curso Filosófico* se ha formado con los apuntes muy imperfectos e incompletos tomados por uno de sus alumnos. Su enseñanza estaba dirigida a la

segunda enseñanza. Aún no se había fundado la Universidad de Buenos Aires. En este esquema generacional sólo interesa destacar que Lafinur introdujo la enseñanza de la ideología en Buenos Aires en el ambiente educacional y posteriormente en Mendoza. Su *Curso Filosófico* contiene elementos de la filosofía de Condillac y de Destutt de Tracy.

El segundo profesor de filosofía de la ideología fue Manuel Fernández de Agüero, ya fundada la Universidad de Buenos Aires, en el curso preparatorio de la misma. Su curso *Principios de Ideología* es notablemente superior al de Lafinur. Se trata de una enseñanza universitaria bien vertebrada y desarrollada. El autor conoce a fondo la filosofía de Destutt de Tracy y las especulaciones fisiológicas de Cabanis, cuyas consecuencias desarrolla en el campo de la antropología, la psicología, la política y la religión. Corren los días de la presidencia de Rivadavia, el máximo representante del iluminismo en el campo político.

A Fernández de Agüero le sucede en la enseñanza de la filosofía en la Universidad de Buenos Aires, el Dr. Diego Alcorta. Su enseñanza se prolongó hasta su muerte en 1842, en pleno período del gobierno de Rosas. El texto de sus lecciones fue publicado por Groussac en los *Anales de la Biblioteca* en 1902. Enseñaba metafísica, lógica y retórica según los cauces de la filosofía de Destutt de Tracy, aunque invirtiendo el orden del desarrollo de las materias. Sus ideas son las de un ideólogo puro y textual. En su enseñanza de la retórica seguía el texto de Hugo Blair.

En la *praxis* política la ideología está representada generalmente por los unitarios. El representante típico y la culminación de esta orientación en la brega civil fue Rivadavia. A su alrededor actuaron hombres animados por las mismas ideas de filosofía política, tales como Juan Cruz Varela, Valentín Alsina, Florencio Varela, el general Lavalle, Salvador María del Carril. Rivadavia es la figura principal en lo político. Anheló dar una respuesta concreta a la cuestión del *para qué* de la Revolución de Mayo, creando la nación políticamente, tal como lo concebía el pensamiento de Juan Jacobo Rousseau y Jeremías Bentham. Para ello trató de modelar el pueblo a través de la legislación y las nuevas instituciones, de la educación y de la forma de gobierno unitaria. Al ponerse totalmente fuera de la realidad histórica y de las tradiciones, fracasó.

La generación de 1821 tiene otros sectores en materia de ideas. Están los hombres que representan el pensamiento tradicional y que discuten los criterios y la acción de los hombres de la ideología. Nos referimos a Antonio Sáenz, Ignacio Castro Barros, el padre Castañeda y otros muchos. El padre Castañeda, que editó una serie de periódicos escritos humorísticamente, combatía a Rivadavia y se formulaba preguntas como esta: "¿cómo vamos a pensar en tener una conciencia nacional si no pensamos en ser lo que somos?". Y en otra parte: "nuestros políticos miran a todas partes, menos el suelo que pisan". En sus artículos llama la atención sobre las particularidades históricas y sociales, las modalidades locales, las costumbres, etc. del pueblo. De

nuevo encontramos que la realidad histórica en la que actuó y que elaboró esta generación tiene la complejidad que presenta siempre la ontología vital de la historia. Hay una lucha entre fuerzas distintas, a veces predominan unas, a veces otras, y entre todas van haciendo el proceso histórico, que no se concibe prescindiendo de cualquiera de ellas. La misma complejidad de ovillo que hallamos al hablar de la generación de 1810.

Cronología de los hombres de 1821

Los datos cronológicos que fijan en el tiempo las figuras más influyentes de esta generación son los siguientes: Juan Crisóstomo Lafinur (1797-1824), Juan Cruz Varela (1794-1839); Juan Manuel Fernández de Agüero (1772-1840) se formó como sacerdote dentro de la filosofía escolástica y hacia 1820 evolucionó hacia las ideas de la ideología; Diego Alcorta (1801-1842), cuya actuación en la enseñanza dejó gratos recuerdos entre los hombres de la generación siguiente, la de 1837. Además de estos hombres, que dejaron documentos para la historia de las ideas en la Argentina, hay que mencionar los que estuvieron en la *praxis* política: Lavalle (1797-1841); Dorrego (1787-1828); Rosas (1793-1877); Rivadavia (1780-1845); José Valentín Gómez (1774-1833), que, siendo de la generación anterior, actúa durante los días de Rivadavia. En cuanto a las obras las hemos mencionado y ubicado al hablar de Lafinur, Fernández de Agüero, Alcorta y Eusebio Agüero (1791-1864).

PENSAMIENTO DE LA GENERACION DE 1837

La penetración del romanticismo historicista en la cultura argentina tiene lugar en la generación de 1837. Como es bien sabido el romanticismo historicista tiene sus fuentes en Alemania e Inglaterra. El historicismo alemán tiene entre sus figuras de la primera hora la de Herder, cuyas obras, desde las de juventud como su *Diario de viaje*, de sus años en Riga, las de la época de Wickerburg, como su obra *Aun otra filosofía de la historia para la formación de la humanidad*; las del período Weimar, entre las cuales la más importante y conocida es su libro *Ídeas para la filosofía de la historia de la humanidad*, y sus obras de la vejez (*Cartas para el advenimiento de la humanidad*), constituyen todas documentos del romanticismo historicista alemán. Esta corriente filosófica tiene como representantes en Alemania a Goethe, Schiller, Fichter, Schelling y Hegel. De Alemania pasa a Francia donde toma un acento político y práctico, para remediar los aspectos negativos y las desilusiones que habían dejado la revolución francesa y el gobierno napoleónico. José de Maistre, Luis de Bonald, Roberto de Lamennais, el conde de Saint Simon, Lerminier, difunden el romanticismo historicista en Francia. Este historicismo francés influye directamente a su vez en la generación de 1837, en Echeverría, en Alberdi, en Manuel Quiroga Rosas, en Vicente Fidel López, en Marco Sastre, en Sarmiento y en tantos más. La influencia del historicismo alemán es casi siempre indirecta, como lo ha mostrado Co-

riolano Alberini en su trabajo *Die Deutsche Philosophie in Argentinien*, aunque las ideas de algunas figuras del romanticismo alemán se conocieron y discutieron en el Salón Literario de Marco Sastre, en 1837. En el terreno de las ideas jurídicas las influencias de historicismo de Savigny llegan a los hombres de la generación de 1837 a través de Lerminier, que ejerce un influjo decisivo en Alberdi. También es directa la influencia de Vico, cuyo conocimiento difunde en el Salón Literario Pedro de Angelis.

Con la generación de 1837 aparece en el país un nuevo tipo de filosofía de la historia y una nueva concepción de la conciencia nacional. Con algunos hombres de la generación de 1810, con Moreno, con Castelli, con Monteagudo, con Moldes, y con los ideólogos de la generación de 1821, se desarrolla un afán legiferante como modo de conducir el proceso histórico. Esa actitud se nutre en la filosofía iluminista del siglo XVIII y en la ideología francesa. Quieren asentar la sociedad argentina en la concepción rousseauiana del contrato y el ciudadano, y en las ideas de Montesquieu. Pretenden formar la conciencia nacional mediante una fuerte voluntad política y rompen con la tradición y el pasado histórico, desde las instituciones y las costumbres hasta la misma lengua. El Estado creará la conciencia nacional y modelará el alma del pueblo mediante la legislación, las nuevas instituciones y la educación. La generación de 1837 trae otra filosofía de la historia y otra concepción de la conciencia nacional. El desarrollo de la historia es una ley universal de la humanidad, pero esa ley universal tiene leyes particulares según las cuales se realiza el desenvolvimiento de los pueblos. Lo universal se realiza a través del espíritu particular de los pueblos. Hay, tiene que haber una ley argentina de desarrollo de la historia y el progreso. Esta concepción historicista constituye el meollo del *Fragmento preliminar al estudio del derecho* de Alberdi, de los discursos de Sastre, Gutiérrez, Alberdi y Echeverría en la inauguración de Salón Literario, de las obras de Sarmiento, de Vicente Fidel López, y de toda la brega civil de los hombres de esta generación. Para ellos la conciencia nacional existe en el pasado de tradiciones, en las particularidades locales, históricas y geográficas, en los usos y costumbres, en la lengua y la religión, en la idiosincrasia humana. Por eso en los discursos del Salón Literario esos hombres dicen que la conciencia auténticamente nacional no sería posible sino a través de Rosas. Poco después se desengañarán cuando adviertan que el historicismo instintivo de Rosas no se lo puede iluminar con el historicismo filosófico, político y literario. Entonces se presentan como superación y síntesis de las doctrinas de los unitarios y las ideas de los federales, con una doctrina historicista limitada, que admite la eficiencia de la razón y la libertad, y que mantiene las metas propuestas por la generación de Mayo.

La generación de 1837 es una generación decisiva, que significa un cambio de rumbo en la historia del pensamiento argentino. En los trabajos escritos de sus hombres (Echeverría, Alberdi, Gutiérrez, Sarmiento, López, Sastre, etc., se citan y desarrollan ideas de Vico, Jouffroy, Herder, Quinet, Savigny, Lerminier, Lamennais, Mazzini, Leroux, Tocqueville, etc. Estas in-

fluencias han sido rastreadas por Groussac, Korn, Ingenieros, Alberini, Orgaz, Labrousse, Treves, Varela de Ghioldi y muchos más. No hay para qué insistir en ello. Baste decir que esta generación tiene un gran sentido realista, que más tarde convertirá a sus hombres, a partir de 1852, en la generación que realizará las ideas que habían seleccionado, criticado y comenzado a aplicar y difundir desde quince años atrás.

Cronología de los hombres de 1837

Los hombres de la generación de 1837 nacen alrededor de 1810. Los nombres y las fechas de los hombres más influyentes son: Echeverría (1805-1851); Alberdi (1810-1884); Sarmiento (1811-1888); Sastre (1809-1887); López (1815-1903); Mármol (1818-1871); Rivera Indarte (1814-1844); Florencio Varela (1807-1878). Desde el punto de vista de la historia del pensamiento, importa destacar los siguientes nombres y obras:

Echeverría: *Palabras Simbólicas*; *Ojeada retrospectiva*, reunidas con el nombre de *Dogma Socialista* (1846).

Alberdi: *Fragmento preliminar al estudio del derecho* (1837). *Curso de filosofía* (1842); *Bases...* (1852). *Luz del día en América* (1878).

Sarmiento: *Facundo* (1845); *Viajes* (1849). *Conflictos y Armonías de las razas en América* (1881). Dos tomos: uno publicado en vida de Sarmiento; el otro póstumo; *Educación Popular* (1849).

López: *Autobiografía* (publicada por Groussac en "La Biblioteca"), *Clasicismo y romanticismo*, artículos publicados en la "Revista de Valparaíso", *Curso de Bellas Artes* (1845), *Resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad* (1845).

EL PENSAMIENTO DE LA GENERACION DE 1853

Los hombres de la generación de 1837 concluyen su período de preparación alrededor de 1852. Comienzan a actuar en 1837, con la formación del Salón Literario de Marco Sastre y la Joven Argentina de Echeverría, Gutiérrez, Alberdi, Aberastain, Albarracín, Alvarez, Acuña de Figueroa, Avellaneda, Berro, Cané, Cortínez, Ferreira, Frías, Gómez, Irigoyen, Lafuente, Lamas, López, Magariños Cervantes, Mármol, Mitre, Paz, Peña, Quiroga Rosas, Rivera Indarte, Rodríguez, Sarmiento, Silva, Sastre, Somellera, Tejedor, Thompson y Villafañe. Esas figuras integran la Joven Argentina y la Asociación de Mayo después, en Buenos Aires, Córdoba, San Juan, Tucumán y Montevideo. Por aquella fecha la mayoría de esos hombres tenían poco más de veinticinco años. Como los hombres se asientan culturalmente alrededor de los cuarenta y cinco años, el año de 1852 constituye una fecha generacional importante. Coincide por otra parte con importantes acontecimientos históricos. Entran a conducir el país los hombres de 1837 y se inicia otra generación que prepara sus armas culturales (y en ocasiones las otras).

Ricardo Rojas los ha llamado la generación de los Constituyentes. En el encabalgamiento de las dos generaciones hay que distinguir la generación de 1837, que tiene la responsabilidad de la vida pública y la promoción de gentes jóvenes que se inician en la vida ciudadana y cultural. Estos últimos comienzan entre los veinticinco y los treinta años. La vigorosa personalidad y la experiencia de los hombres de 1837, hace que impongan sus criterios y valoraciones, organicen jurídicamente el país, orienten la acción política, económica y social. La gente joven resulta así una generación cumulativa de la anterior. Mucha de esa gente actúa alrededor de Urquiza (1801), primero (Lucio V. Mansilla los ha llamado "hombres del Paraná"), y después alrededor de Mitre. La gente joven va a alcanzar la plenitud generacional alrededor de 1866. Figuras representativas e influyentes de esta generación son Bartolomé Mitre (1821-1906). Mamerto Esquiú (1826-1883). Infortunadamente el hecho de que la mayoría de las provincias no hayan terminado la elaboración de su propia historia, hace que la visión que se tiene del desarrollo del pensamiento y la cultura del país, sea la visión de los hombres que se nuclearon alrededor de Mitre durante y después del Conflicto de Buenos Aires con la Confederación. La acción y el pensamiento de los "hombres del Paraná" aparece desvaída, desdibujada y preterida en la historiografía argentina.

La generación de los Constituyentes está dentro de la atmósfera del historicismo romántico, aunque con un sentido más realista y liberal que en los años mozos. Se ha dicho que hacia 1852, Alberdi, Sarmiento, Mitre, Gutiérrez, eran ya positivistas desde el punto de vista filosófico. El primero que la calificó con esa orientación fue Groussac, excelente crítico e historiador literario, pero que no tenía mucho espíritu filosófico. Alejandro Korn habló de un "positivismo autóctono", anterior al positivismo europeo, un positivismo "avant la lettre", como expresión histórica de la vida del país. Últimamente ha insistido en ello Recaurte Soler en su libro *El positivismo argentino*. No aceptamos esta interpretación que, por lo pronto padece de anacronismo, al pretender que el positivismo se habría producido antes en la Argentina que en Europa. La historia del pensamiento tiene que atenerse a las expresiones culturales, en este caso a los escritos y obras de los autores y no a ideas sueltas o a páginas que pueden entrar en varios contextos del pensamiento. Menos aún a un pretendido positivismo infuso, "expresión de una voluntad colectiva", en un país cuyo *humus* cultural ha estado siempre abonado por el cristianismo.

El sentido realista de esta generación surge de la propia filosofía de la historia y de la política, que hemos caracterizado como perteneciendo al historicismo romántico. Cuando la generación de 1852 se dispone a organizar la educación del país, los criterios que siguen son los del espiritualismo ecléctico. Buen ejemplo de ellos es la orientación de la enseñanza del Colegio Nacional de Concepción del Uruguay, fundado por Urquiza, del Colegio San Miguel de segunda enseñanza, que funda Amadeo Jacques en Tucumán (durante el período de la Confederación) y el Colegio Nacional de

Buenos Aires, fundado durante la presidencia de Mitre. Entre los educadores de la época hay que recordar a Juan Eugenio Labougle, Feliberto Adriano Perissot, Amadeo Jacques, Aimable Boudry, José E. Acha. Cuando se examinan los planes de estudios de los mencionados Colegios se advierte que el espiritualismo ecléctico ha dado las bases pedagógicas y culturales de los mismos. La enseñanza y los textos adoptados en las materias filosóficas (como los de Jacques, Simon y Saisset), sigue esa misma orientación. En los libros de Federico Tobal, *Recuerdos del Viejo Colegio Nacional de Buenos Aires*, y de Miguel Cané, *Juvenilia*, desfilan los profesores y los alumnos de la época. Otra de las figuras influyentes del espiritualismo fue la de Alejo Peyret, quien difunde las ideas de Víctor Cousín.

Mal se puede caracterizar el pensamiento de esta generación de 1852 con el signo del positivismo autóctono, cuando todos los documentos culturales hablan a las claras del eclecticismo espiritualista, del tradicionalismo católico y del trasfondo romántico de la época. Así se explica que los hombres que se formaron en este clima cultural conservaran siempre un sello o fondo romántico, que les venía de la segunda enseñanza, aunque fueran hombres de otra generación, como ocurre con la generación de 1880, algunas de cuyas figuras más representativas vivieron siempre desgarradas entre el positivismo aprendido y aquel fondo espiritualista de la adolescencia.

Cronología de los hombres de 1853

Además de la cronología de los hombres que, perteneciendo a la generación de 1837, comenzaron su gestión en la vida pública del país, tenemos que señalar otros nombres y fechas: Mamerto Esquiú (1826-1883), con sus sólidos y brillantes sermones, que tanto ayudaron a los pueblos a prestar acatamiento a la Constitución de 1853. Vicente G. Quesada (1830-1913), Bartolomé Mitre (1821-1906), Lucio V. Mansilla (1831-1913), Francisco Bilbao (1823-1864), Amadeo Jacques (1813-1865), Alejo Peyret (1826-1902), Juan Eugenio Labougle (1829-1892), Prediliano Pueyrredón (1824-1870) y tantos otros. Mitre, Quesada y Navarro Viola se orientaron, en materia de cultura, hacia el cultivo de las disciplinas historiográficas.

EL PENSAMIENTO DE LA GENERACION DE 1866

Esta generación vive plenamente dentro del espiritualismo ecléctico de los filósofos franceses. En Francia los representantes más destacados de esta orientación filosófica son Jouffroy, el más original; Cousin, el de mayor influencia en la vida cultural de la época; y Roger Collard, de menos influencia. El primero tenía clara conciencia de la historicidad del hombre y apartaba a éste de los animales, que sólo poseen naturaleza. Un fondo último de creencias alienta en la humanidad, a partir del cual se producen los cambios. Jouffroy habla del fatalismo y el destino en la historia y se ubica así dentro del fatalismo historicista del romanticismo. Muchas de las ideas de este espiritualista ecléctico influirán en Taine y Renán, en la doctrina

del medio, la raza y el ambiente del primero y en el valor de las creencias del segundo. Cousin, por su parte, quiso componer una filosofía superior a todas tomando los elementos positivos de las diferentes orientaciones filosóficas. Trató de conciliar la tradición que venía del siglo XVIII, con Locke y Condillac, con la filosofía escocesa del sentido común del siglo XIX y las concepciones románticas. Sus doctrinas acerca de Dios, la naturaleza y el yo influyeron decididamente en los escritos de Jacques, Simón y Saisset, y particularmente en el *Manual de Filosofía* de amplia circulación en los medios educacionales argentinos durante la época a que nos estamos refiriendo. Más influencia que Roger Collard, tuvo Lermínier en los medios jurídicos y políticos del país. Su trabajo *La Influencia de la filosofía del siglo XVIII en la legislación y las costumbres del XIX* influyó extraordinariamente en Sarmiento y Vicente Fidel López.

Los hombres de la promoción de 1866 no todos están de acuerdo con la orientación política y doctrinaria de Mitre y Sarmiento, sobre todo con el lema de "civilización o barbarie" que asignaba aquélla al elemento europeo de la inmigración, que comenzaba a fomentarse, y la barbarie al elemento nativo. El tema del paisaje que había estado en el primer plano del interés de las generaciones de 1837 y 1853, pasa a segundo lugar y la preocupación se concentra en el tema del hombre. No se trata ya del romanticismo de la primera hora, intimista y subjetivo, como en *Elvira*, *Rimas* y *Los Consuelos* de Echeverría, y en *Memorias descriptivas del Tucumán*, de la primera época de Alberdi; ni se trata del romanticismo historicista de Echeverría en sus *Palabras simbólicas* o en su *Credo*, o de Alberdi en su *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, o de Sarmiento en *Facundo*, sino de un romanticismo social de carácter realista, que reacciona en defensa del hombre nativo frente a la inmigración europea, que rompía la continuidad étnica y desubicaba socialmente a las gentes. Esta actitud es la que se presenta en José Hernández, con su *Martín Fierro*, en Estanislao del Campo, en Carlos Guido y Spano, en Manuel Sáez, en Vicente Quesada y en otros escritores de la época.

Cronología de la generación de 1866

Entre las figuras influyentes de la promoción de 1866 hay que mencionar a José Hernández (1834-1886), con su *Martín Fierro*, que es el anti *Facundo* de Sarmiento, donde muestra la concepción del mundo del hombre de las pampas, con sus virtudes y sus defectos, en lucha desigual con los intereses de la ciudad y de la inmigración europea. Estanislao del Campo (1834-1880), con su *Fausto*, que apareció en folleto precisamente en 1866. Nicolás Avellaneda (1836-1885), Manuel Sáez (1834-1887) con sus trabajos historiográficos, su labor periodística y sus estudios y escritos jurídicos.

EL PENSAMIENTO DE LA GENERACION DE 1880

Con la generación que comienza a actuar alrededor de 1880 penetra y se desarrolla el positivismo en la Argentina. Saint Simon, que influyó en

el historicismo romántico de Echeverría, Sarmiento, Alberdi y Vicente Fidel López, tuvo gran influencia en Francia, donde fue un pensador de jerarquía. A su lado se formaron hombres como Comte y Enfantin. Saint Simon es el puente o guión entre el espiritualismo ecléctico y el positivismo en el pensamiento francés. Durante algún tiempo fueron sus secretarios Thierry, que llegó a ser un eminente historiador, y Comte, el que se constituyó más tarde en el maestro del positivismo francés. Muchas de sus ideas pasaron a las doctrinas de Comte, como su distinción entre épocas críticas (el siglo XVIII y su filosofía de la ilustración) y épocas orgánicas y superadoras de los tiempos disolventes. Saint Simon quiere reconstruir la humanidad mediante la filosofía que se apoye en el estudio de los hechos. Subraya la importancia de las ciencias del hombre: la psicología, la fisiología y la sociología. Sobre ellas quiere edificar la filosofía positiva. Estas ideas las desarrollará Comte en su obra *Política positiva*.

Contribuye Saint Simon con otras ideas en la aparición del positivismo francés. Su tendencia pacifista, la valoración del orden y el progreso, el afianzamiento de la paz por medio de los intereses industriales de los hombres, la organización industrial como base de la sociedad. El gobierno de ésta debe estar en manos de los industriales, los economistas, los investigadores y los sabios. Su lema se puede concretar en esta expresión: "gobernar para el pueblo sin el pueblo".

Pero no es sólo el positivismo de Comte el que influye en la generación de 1880. Un positivismo más importante que el de Comte, que denominamos positivismo evolucionista, penetra y se desarrolla en la cultura argentina. Su gran representante es Heriberto Spencer. Con él se introduce el principio de la evolución universal, interpretado mecánicamente, que tanta influencia tuvo en la generación de 1880 y en la de 1896. Los criterios positivistas nutren la formación cultural de dos generaciones argentinas, salvo los sectores de formación católica y tradicional, cuyo desarrollo si bien cambia históricamente con los nombres de autores y obras, permanece constante en el rumbo esencial. Queremos decir que si bien son diferentes los alimentos culturales de hombres como Eusebio Agüero (1791 - 1864), fundador y rector del Colegio Nacional de Buenos Aires, y de Santiago Estrada (1841 - 1891), es constante la orientación tradicional y católica. *Los Primeros Principios* de Spencer fueron muy leídos en la Argentina de aquellos años.

La otra dirección del positivismo naturalista, el evolucionismo biológico, se difunde extraordinariamente en los círculos de la Facultad de Medicina. Darwin, Haeckel, Lamarck pasan a nutrir la enseñanza universitaria y secundaria. Se difunde el conocimiento de la *Filosofía zoológica* de Lamarck, el *Origen de las especies* de Darwin, *El origen del hombre* y *Antropogenia*, del último de los autores mencionados.

La generación de 1880 está bajo el signo de estos autores, aunque no es extraño encontrar autores donde siguen mezclándose y sobreviviendo muchas ideas del espiritualismo ecléctico, sobre todo en los planes de estudios

de la segunda enseñanza (enseñanza de la psicología, ética, metafísica). Aparecen estos hombres cuando la Argentina empieza a afirmarse como emporio económico. Se estudian y desarrollan las ciencias médicas y naturales. De la filosofía se hace conducta moral. Se vive de una manera utilitaria. Esa manera positivista y naturalista de ver el mundo y la vida se refleja en obras como *La Bolsa* de Julián Martel. En ella se relata la famosa bancarrota económica durante la época de Juárez Celman. Por lo que hace a la filosofía las manifestaciones fueron pocas. Había más filosofía vivida y actuada que teorizada. En lo político el representante máximo de esta generación es el general Roca.

La generación del 80 promulgó la ley 1420, la ley de educación común, en 1884. Fue una generación bifacética. Por un lado los hombres católicos y por otro lado los positivistas. En esa atmósfera cultural cabían todos los matices de la filosofía, desde un positivismo ortodoxo, que seguía a Comte y Spencer, hasta un catolicismo a base de ideas de Balmes. Y también entraba el escepticismo acendrado de un Wilde, uno de los hombres más inteligentes de su generación. Lo cierto es que unos y otros estaban atrasados con respecto a los cambios que estaban ocurriendo en la cultura europea. Allá el positivismo empezaba a declinar y las doctrinas católicas no se defendían con los argumentos viejos de Balmes. Pero los hombres de esta generación coinciden en los ideales políticos, que son comunes: son demócratas liberales.

Cronología de la Generación de 1880

Los nombres y los libros de esta generación son muchos, aunque no encontramos obras y nombres de la talla de los de 1837, 1853 o 1866. No producen obras que se puedan parangonar con las de Echeverría, Alberdi, Sarmiento, Mitre, Vicente Fidel López, Hernández, Estanislao del Campo. Anotamos los siguientes nombres: Santiago Estrada (1841-1891), Eugenio Cambacerés (1843-1888), José María Cantilo (1840-1891), Paul Groussac (1851-1925), Miguel Cané (1851-1905), Pedro Goyena (1843-1892), Eduardo Wilde (1844-1892), José Manuel Estrada (1842-1894), José Ramos Mejía (1849-1914), Francisco Ramos Mejía (1847-1893), Adolfo Saldañas (1850-1914), Florentino Ameghino (1854-1911), Ignacio Pirovano (1842-1895), Pedro Scalabrini (1848-1916). Y entre los católicos, además de los Estradas, ya mencionados, Pedro Goyena, Miguel Navarro Viola, Tristán Achával Rodríguez, Emilio Lamarca y tantos otros.

Entre las obras de esta generación hay que recordar las de Ameghino (1854-1906), ilustre paleontólogo y autor de obras de antropogenia. En realidad Ameghino, que tuvo una educación filosófica tardía, aunque por la fecha de nacimiento se acerca más a la generación de 1880, por el contenido de sus escritos, en particular su trabajo *Mi Credo*, pertenece a la generación científica posterior, la de 1896. En todo caso es puente o guión entre ambas generaciones. Su libro *Filogenia* trata de los principios del transformismo interpretados en forma de leyes naturales y proporciones matemáticas (1882). Su *Credo* filosófico (1906) es una buena muestra de la metafísica cientifi-

cista del sabio. José Ramos Mejía tiene dos obras importantes: *La neurosis de los hombres célebres* (1880) y *La locura en la historia* (1895), en las que aplica los criterios del evolucionismo mecanicista a la psicología y las ciencias sociales. Otras obras suyas son: *Las multitudes argentinas* (1899), *Rosas y su tiempo* (1907). Ignacio Pirovano se destacó en el campo de las ciencias médicas y su nombre pertenece a la historia de la ciencia argentina. Manuel T. Podestá, además de sus trabajos médicos, tiene algunas novelas naturalistas de gran valor documental y que reflejan el clima cultural de la época. Entre ellas hay que mencionar a *Irresponsable*, una novela con recuerdos de la segunda enseñanza de la época y de los estudios médicos de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires (1903). De Cambacerés su novela *En la sangre* (1882), importante documento para la historia de esta generación. De Cané, *Juvenilia*; de Wilde, *Silbido de un vago*, *Tiempo Perdido*, *Aguas abajo*; de Estrada, *La política liberal durante el gobierno de Rosas*; de Goyena, sus *Discursos*.

EL PENSAMIENTO DE LA GENERACION DE 1896

El desarrollo del positivismo en la Argentina, no sólo comprende la generación de 1880, sino que se extiende también a la siguiente, la de 1896. Es común que se reúnan ambas generaciones con el nombre de la generación del 80. Sin embargo, constituyen dos generaciones distintas y con aspectos culturales propios. Se diferencian dentro del clima general del positivismo naturalista. Los hombres de 1896 forman una generación cumulativa, para usar la expresión de Ortega y Gasset. Filosóficamente cultivan lo que ellos llaman la filosofía científica y que se suele también calificar de científicismo. Son hombres que conciben la relación entre ciencia y filosofía de un modo diferente a los clásicos y a los filósofos que siguen a Kant. Para los clásicos, desde Platón y Aristóteles hasta Leibniz, la metafísica echa los fundamentos de las ciencias y es anterior a ellas. Para Kant la filosofía y las ciencias tienen que justificar sus títulos ante la teoría del conocimiento. Para el positivismo la filosofía tiene que fundarse en las ciencias y es posterior a ellas. En el científicismo esta actitud se lleva a sus últimas consecuencias. Se elabora la metafísica apoyándose en los conocimientos más generales de las ciencias. El saber científico (estudio descriptivo, causal, sistematizado y legal de los objetos) se funda en la observación y en la experimentación, y tiene la experiencia como horizonte de conocimiento y realidad. La metafísica científicista que, como toda metafísica pretende alcanzar lo absoluto, se sale de ese horizonte por caminos racionales y especulativos, hasta llegar un momento en que lo razonado y reflexionado es enormemente mayor que los elementos observados y conocidos. La metafísica aparece como la complementación filosófica de la ciencia. Tal complementación se realiza hipotéticamente y hay un presupuesto básico en todas estas especulaciones: el supuesto de que la realidad desconocida (que es más extensa que la conocida) se comporta de la misma manera que la conocida. La estructura de lo que no conocemos es igual a la de lo que conocemos.

Esta filosofía científicista, que es característica de la generación de 1896, la habíamos encontrado ya en *Mi Credo* de Ameghino. Y se explica porque aquel eminente hombre de ciencia tuvo una tardía formación filosófica, que coincide con la de los hombres de la generación de 1896. Pero en los años finiseculares y comienzos de nuestro siglo, el científicismo impregna todas las manifestaciones culturales; la filosofía, el derecho, la sociología, la educación, la psicología, la historiografía. Los hombres de esta generación nacen alrededor de 1866 y comienzan su preparación durante los años de actuación de la generación de 1880.

Hacia 1900 Horacio Piñero difunde la psicología experimental y fisiológica, y funda en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires el primer laboratorio de psicología experimental. Wundt, Ribot, Ebbinghaus, Kraepelin, Kraff-Ebbing, Sergi fueron autores conocidos por esta generación. José Ingenieros y Rodríguez Echart prolongaron esa orientación hasta 1925. En el campo de las ciencias jurídicas, las figuras representativas son Carlos Octavio Bunge, autor de una obra muy conocida en su época, *Le Droit c'est la force*, Joaquín V. González, ilustre constitucionalista argentino, José Nicolás Matienzo, autor de tratados de derecho y profesor de lógica en la Facultad de Filosofía y Letras, Rodolfo Rivarola, distinguido jurista argentino. Entre los historiadores figuran Ernesto Quesada, Juan Agustín García, el padre Larrouy; entre los etnólogos y antropólogos, Félix Outes, Juan B. Ambrosetti; y entre los pedagogos y psicólogos, Víctor Mercante, Rodolfo Senet, Pablo Pizzurno, para mencionar los más influyentes.

Dentro de la generación de 1896, hay muchos matices, que van desde un científicismo ortodoxo, de bases biológicas, como en Carlos Octavio Bunge y José Ingenieros hasta un científicismo muy diluido, con influencias idealistas, aunque superficiales, de Schopenhauer y Hegel, en autores como Juan Agustín García, sobre un fondo filosófico a base de Taine, Renán y Le Bon. En algunos de ellos se advierte el esfuerzo por salir del clima de la llamada filosofía científica para arribar a la metafísica y la comprensión del fenómeno religioso. Es lo que ocurre con Joaquín V. González y su obra *Ideales y Caracteres*. Una situación especial tiene Alejandro Korn (1860-1936), que por la cronología y la formación juvenil pertenece a la generación de 1896, y que consigue salir de la atmósfera de su generación y convertirse en uno de los mentores y guías de la generación siguiente, la de 1910. Constituye el puente entre ambas promociones, con una postura que establece la independencia de la filosofía tanto de la teología como de la ciencia. Ni teologismo ni científicismo. Quiere la filosofía sin metafísica y por aquí admite algunos resultados del positivismo.

Cronología de la generación de 1896

Entre los nombres y las fechas de la generación de 1896 figuran los siguientes: Juan Agustín García (1862-1923), Joaquín V. González (1863-1923), Julián Martel (1867-1896), Agustín Alvarez (1868-1913), Juan B.

Ambrosetti (1865 - 1917), Martín García Merou (1877 - 1925), José Nicolás Matienzo (1860 - 1936), Norberto Piñero (1858 - 1938), Ernesto Quesada (1858 - 1934), José Ingenieros (1877 - 1925), Víctor Mercante (1870 - 1934), Rodolfo Senet (1872 - 1938), Horacio Piñero y muchos más. Alejandro Carabó (1862-1930), Alfredo Ferreyra (1863-1938), Máximo Victoria (1871-1938).

Esta generación deja un puñado de libros importantes, entre los que destacamos: *Principios de psicología biológica*, de José Ingenieros; *Sociología argentina* y *Evolución de las ideas argentinas*, *Hacia una moral sin dogmas* también de Ingenieros; *Droit c'est la force*, *Nuestra América*, dos libros importantes de Carlos Octavio Bunge; *La ciudad indiana*, *Sobre nuestra incultura*, *Caracteres Snobs*, de Juan Agustín García; *Ideales y Caracteres*, *Manual de la Constitución Argentina*, *Tradición Nacional*, de Joaquín V. González; *Crisis de la pubertad*, *Metodología*, de Víctor Mercante; *Psicología de la niñez y la adolescencia*, de Rodolfo Senet.

EL PENSAMIENTO DE LA GENERACION DE 1910

La generación que sigue a la de 1896 es la de 1910 ó del Centenario. Esta promoción de hombres no ha sido estudiada con visión de conjunto. Están apareciendo monografías individuales que permiten ya trazar los caracteres espirituales de sus figuras más representativas e influyentes. En primer término se singulariza porque es una generación decisiva, pues trae a la cultura y el pensamiento argentinos nuevos criterios y puntos de vista para apreciar el mundo y la vida y orientar todas las actividades humanas. Son los hombres que traen un nuevo espiritualismo e idealismo en el pensamiento filosófico. Y decimos nuevo porque en la propia tradición cultural del país, tenían el antecedente del espiritualismo ecléctico de la generación de 1866. Hasta los primeros años del siglo XX, el cientificismo dominaba todavía el ambiente científico y cultural del país. Alrededor de 1910 se inicia la crítica y la superación del mismo e irrumpen las corrientes filosóficas europeas de las últimas décadas del siglo XIX. En esta tarea tuvo un papel importante la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, una de las creaciones de la generación de 1896, fundada el 13 de abril de 1895.

En 1906 llega al país, Félix Krüger, un eminente psicólogo alemán, para servir la cátedra de psicología. Con él llega el conocimiento de la renovación de la filosofía europea, del desarrollo de los estudios epistemológicos y de la filosofía axiológica. Difunde el conocimiento de Dilthey, de Windelband, de Rickert, de Natorp, de Lipps, de Stumpf, de Cornelius. Volvió a Alemania en 1908, para hacerse cargo de la cátedra de Psicología que había dejado Wundt. Posteriormente fué rector de la Universidad de Leipzig, donde profesaba sus enseñanzas. Krüger realizó una tarea renovadora de los conocimientos filosóficos en Buenos Aires. Otra importante labor renovadora fué la realizada por el doctor Juan Chiabra, un neokantiano, discípulo de Carlo Cantoni, distinguido filósofo italiano de las últimas décadas del siglo XIX. Chiabra

enseñó en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y más tarde en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de La Plata. Sirvió las cátedras de historia de la filosofía y de ética. Era un profesor de orientación idealista. Igualmente interesante fué la labor realizada por el doctor Guillermo Keiper, un contratado alemán para el Seminario Pedagógico (antecedente de los actuales Institutos nacionales del profesorado), que enseñó historia de la filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras. Impartía su enseñanza en forma de conferencias, insistiendo sobre todo en la filosofía moderna y contemporánea. Su actuación arranca del año 1907. Suplente en la cátedra de Keiper era por aquellos años Alejandro Korn.

Entre los argentinos, Rodolfo Rivarola figura entre los primeros, sino el primero, que inició la superación del positivismo y el cientificismo en boga. Pertenecía a los profesores fundadores de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Pero su enseñanza original comenzó en 1904 al ocupar la cátedra de Ética y Metafísica. Disertaba sobre Kant "no con afán de entrega y pasiva adhesión de epigono, sino con diaphanidad didáctica y cierta conciencia crítica", según un testimonio de la época (25). Lector de Fouillée, trataba de conciliar la teoría de la libertad de este filósofo, expuesta en su libro *La Liberté et le Determinisme*, con la doctrina de Kant. Los jóvenes estudiantes se inclinaban hacia las corrientes renovadoras de la filosofía, que estaban representadas por la filosofía epistemológica, sobre todo francesa, y la filosofía axiológica, ambas fuertemente teñidas de idealismo. Alejandro Korn, que por su formación juvenil pertenecía a la generación de 1896 y al clima del cientificismo, y que en sus comienzos participaba naturalmente de esas ideas, evoluciona hacia las nuevas corrientes filosóficas. Entre los jóvenes de la nueva promoción se destacaba con contornos propios la figura de Coriolano Alberini, que durante muchos años va a estar en el centro de la educación filosófica del país.

El movimiento de renovación se acentúa y agudiza con la llegada al país del filósofo español Ortega y Gasset. Llegó en 1916 y estuvo seis meses, durante los cuales dictó un curso de seminario sobre Kant en la Facultad de Filosofía y Letras, y pronunció numerosas conferencias en Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe, Rosario, Tucumán, Mendoza y La Plata. Hizo la crítica del positivismo, mostrando sus limitaciones filosóficas y científicas. La tarea crítica que venían realizando desde hacía algunos años Alejandro Korn y Coriolano Alberini, recibía el espaldarazo del prestigioso pensador español. Los testimonios son coincidentes. El primero escribe "Mucho le debo personalmente, pero creo poder emplear el plural y decir: mucho le debemos todos". (26) Y Alberini expresa: "Todos los que nos ocupamos de filosofía en la Argentina y en América Latina, mucho le debemos, aun aquellos que teníamos en 1916 nuestra formación filosófica" (27).

25) Coriolano Alberini: *Orígenes de la educación filosófica en la Argentina*. En las Actas del Primer Congreso Argentino de Filosofía. Tomo I. Mendoza, 1949.

Cfr. también *Die Deutsche Philosophie in Argentinien*. Berlín, 1930.

26) Alejandro Korn: *Filosofía argentina*. Ya citado.

27) Coriolano Alberini: *Orígenes de la educación filosófica...* Ya citado.

Eugenio D'Ors vino a estimular, con su presencia, el cambio que se estaba produciendo en la cultura argentina. Llegó en 1918. D'Ors, que terminó sus días como catedrático de ciencia de la cultura en la Universidad de Madrid, cátedra nueva, por cierto, y muy a propósito para él, suscitó alguna resistencia en Buenos Aires. Su obra fragmentaria no permitía seguir con facilidad su trayectoria coherente y sus hipébaton despistaban un poco. Pero al fin impuso su lección antipositivista. Con sabiduría alegre, su poderosa personalidad quería hacer de la filosofía una ciencia viva, basada tanto en la meditación como en el diálogo. Hombre múltiple, se desparramaba en todo. Sus enseñanzas afianzaron la orientación idealista y bergsoniana de los jóvenes de las nuevas promociones. Otra figura española que contribuyó poderosamente al cambio cultural de la Argentina fué don Manuel García Morente. Más profesor que Ortega y Gasset, venía precedido de un hermoso libro sobre Kant, una elocuente y perfilada introducción a los estudios filosóficos modernos.

Los jóvenes egresados y los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras recogieron el nuevo espíritu, y se concitaron en una institución y en un movimiento renovador, al que llamaron *Colegio Novecentista*, tomando el adjetivo de don Eugenio D'Ors, que llamaba así al movimiento de renovación cultural en España. Uno de los más activos fué un joven español, don José Gabriel, que ha escrito un interesante libro sobre este momento de la cultura argentina: *Educación Filosófica*. Korn y Alberini apoyaron resueltamente estas inquietudes renovadoras. El movimiento novecentista se caracterizó por su aspecto de crítica del positivismo y por su decidido acento idealista. El *Colegio* se constituyó el 1º de abril de 1918 en la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras. Hablaron en la oportunidad Alberini, José Gabriel y Benjamín Taborga. Y asistieron Ricardo Rojas, Carlos Ibarguren, Luis María Torres, Emilio Ravagnini, Carlos Bogliolo, Adolfo Korn Villafañe, Tomás Casares, B. Ventura Pessolano, Jorge Max Rodhe, Lidia Peradotto, Lily Keley. Cuando estalló el movimiento de la Reforma Universitaria en Córdoba el *Colegio* apoyó el movimiento y terminó diluyéndose en él. La Reforma universitaria es una de las renovaciones culturales y educacionales de la generación de 1910.

La generación de 1910 introduce y desarrolla la filosofía idealista en la cultura argentina, tanto en la orientación de los neokantianos alemanes, franceses e italianos, como en la orientación hegeliana, principalmente los neohegelianos Croce y Gentile. Al mismo tiempo se produce la penetración de la filosofía bergsoniana, que hacia 1920 era muy conocida en la Argentina. Después de la primera guerra mundial, esta generación evoluciona hacia las corrientes de la época: la fenomenología. Además de Korn y Alberini, hay que mencionar en esta generación los nombres de Alberto Rougés, Alfredo Franceschi, Lidia Peradotto, Benjamín Taborga, Saúl Taborda. En los estudios críticos y literarios: Roberto Giusti, Carmelo Bonet, Melian Lafinur, Arturo Capdevila, Alberto Arrieta, Alberto Gerchunoff, Leopoldo Lugones. Literariamente esta generación se orienta dentro de los cauces del modernismo.

En los estudios históricos: Ricardo Levene, Emilio Ravignani, Luis María Torres, Rómulo Carbia, Ricardo Rojas y algunos más (28).

Cronología de la generación de 1910

Algunos nombres y algunas obras son representativas de la generación de 1910. Recordemos a Ricardo Rojas (1882-1958), con sus libros *Blasón de Plata* (1910), *Argentinidad* (1916), *Restauración Nacionalista* (1922), *Eurindia* (1923), para citar las obras donde se busca la argentinidad a través de las preferencias y valoraciones del pueblo, de sus metas axiológicas, y no a través de los factores externos del medio, la raza y el ambiente, como es constante en los historiadores y sociólogos de la generación de 1896. Alejandro Korn (1860-1936) con *Influencias de las ideas filosóficas en la evolución nacional* (trabajos que datan originariamente de los comienzos de la segunda década del siglo), *Filosofía argentina* (1927) *Nuevas Bases* (1925), *Ensayos filosóficos* (1930), aunque las fechas de publicación de los trabajos oscilan entre 1922 y 1930, *Apuntes filosóficos* (1934). De Coriolano Alberini (1886-1960) son muy valiosos sus estudios *Axiogenia* (1920), *Die Deutsche Philosophie in Argentinien* (1930), *Metafísica de Alberdi* (1934). De Alberto Rougés (1880-1945) con su libro *Las Jerarquías del Ser y la Eternidad* (1943) y otros estudios intensos, dispersos en revistas y folletos. De Alfredo Palacios (1880) sus obras jurídicas, de legislador y sus libros sobre Echeverría y Sarmiento. De Carlos Ibarguren (1877-1956) sus obras literarias y su libro *La crisis política del mundo* (1930). De Ernesto Nelson (1873-1959) sus escritos pedagógicos, sus ensayos sobre Nietzsche y la moral cristiana, sobre la teoría de la Universidad. De Juan B. Terán (1880-1938) *El problema de nuestra cultura* (1922), *La escuela laica* (1933), *La formación de la inteligencia argentina* (1933), José María Paz (1936), *Al servicio de la novísima generación* (1931). De Pascual Guaglianone (1882-1938) *La enseñanza de la historia de las religiones* (1927), *La libertad de enseñanza* (1927). Benjamín Taborga (1889-1918), su libro *El novísimo órgano*, un conjunto de ensayos filosóficos, reunidos en volumen en 1924, en homenaje póstumo. Saúl Taborda (1944) un ilustre pensador y educador cordobés que trajo la pedagogía axiológica alemana. Y tantos más, como José Rezzano, Hugo Calzetti, Ernesto Nelson.

PENSAMIENTO DE LA GENERACION DE 1925

Hacia 1925 los hombres de la generación de 1910 estaban en plena gestión cultural. Los últimos representantes de la promoción de 1896 desaparecían por esa fecha. Joaquín V. González, en 1923; José Ingenieros, en 1925; Juan Agustín García, en 1923. Otra generación comenzaba a hacer sus armas culturales, la de 1925. A ella pertenecen Francisco Romero (1891),

(28) Juan Carlos Tarchia Estrada: *La filosofía en la Argentina*. Edic. Unión Panamericana. Washington, 1951.

Carlos Astrada (1894), Luis Juan Guerrero (1899-1957), Nimio de Anquín (1896), Miguel Vicente Fatone (1903), Lidia Peradoto (1892-1951), Ventura Pessolano (1893-1944), Tomás Casares (1895), Leonardo Castellani (1899), Angel Virasoro (1900), Sixto Terán (1899), Alfredo Franceschi (1891-1942), Ramón Miguel Albesa (1896), Romualdo Ardisone (1891-1961), Angel J. Battistessa (1902), Bernardo Canals Feijoo (1897), Juan Canter (1895), Juan Emilio Cassani (1896), Carlos Cossio (1903), Federico Alberto Daus (1901), León Dujovne (1899), Angel Vasallo (1902). Algunos más: Ezequiel Martínez Estrada (1895), Arturo Cancela (1895), Raúl Scalabrini (1898), Jorge Luis Borges (1900), Eduardo Mallea (1903)... Son hombres que nacen con posterioridad a 1890. El ciclo cultural de esta generación argentina comienza a cerrarse a estas horas, mientras entra en plena vigencia cultural otra promoción de gentes maduras para el quehacer cultural, la generación de 1940.

Desde 1925 la cultura filosófica argentina se ha ido haciendo cada vez más densa y crítica, presentando rasgos de madurez y de originalidad, si no en los aspectos fundamentales, sí en los matices y en la entroncación general de las cuestiones filosóficas. Todos los que trabajan en estas disciplinas lo hacen con dedicación total, como tarea vital y de destino. Poco a poco van colocando los hitos del pensamiento original y de una educación filosófica madura. La etapa más difícil, la de la iniciación del pensamiento filosófico independiente, aunque manteniendo relaciones, de la ciencia y la teología, se ha cumplido durante el lapso de actuación de esta generación. El espíritu crítico se ha ido desarrollando cada vez con mayor intensidad. Si bien las novedades filosóficas argentinas no son fundamentales, se advierten síntomas de que con la generación de 1925 se ha afianzado el proceso de maduración y crítica iniciado por la generación anterior. Cunde la erudición extensa, el estudio sin urgencias pragmáticas y de la acción, el espíritu crítico y cierto sesgo de originalidad. Desde 1925 se ha realizado el esfuerzo de filtrar y asimilar, de seleccionar y aplicar las ideas filosóficas europeas y norteamericanas. Se leen y estudian las fuentes en sus propias lenguas. Se ha aprendido a estimar las ideas por el valor que tienen en sí mismas, al margen de las ulterioridades de la acción. Gracias a este continuado esfuerzo de la generación de Romero, Astrada, Guerrero, Virasoro, de Anquín, Dujovne, Vasallo, Fatone y muchos más, la cultura argentina ha adquirido la tercera dimensión, la profundidad, por la que habían bregado tanto hombres como Alejandro Korn, Alfredo Franceschi, Alberto Rougés y Coriolano Alberini.

Durante la actuación de esta generación, el pensamiento argentino ha recibido el aporte de prestigiosas figuras europeas que han traído su caudal de saber, su formación, su tradición humanística y su gran capacidad de trabajo. Entre ellas figuran Ortega y Gasset, quien realizó dos viajes más después de 1916. El primero en 1928 y el segundo en 1937. En su segundo viaje difundió la filosofía de Husserl, de Scheler y Rickert, de Dilthey, Drieck y algunos más. Su influencia a través de sus obras y de las publicaciones de la *Revista de Occidente*, de las traducciones de obras alemanas fomentadas por él, fué ex-

traordinaria en los años a que nos referimos. En 1940 llegó por segunda vez García Morente, que dictó cursos de filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de Tucumán. Otras prestigiosas personalidades del pensamiento europeo fertilizaron el *humus* de la cultura argentina: Jacques Maritain, Francisco Ayala, Rodolfo Mondolfo, que se radicó definitivamente en el país en 1939 y ha realizado una proficua, honda y duradera labor histórico-crítica de la filosofía; Guido de Ruggero, que vino dos veces, en 1946 y en 1949, dictando cursos y conferencias en Buenos Aires, Córdoba, Tucumán, La Plata, Rosario y Santa Fe; Arturo Farinelli, que arribó en 1927, y tuvo la virtud de conquistar sus selectos auditorios con sus cursos y conferencias sobre el romanticismo y los análisis estilísticos; María Montessori, María de Maeztu, Gino Arias, Hans Kelsen, de extraordinaria influencia en el desarrollo de la filosofía del derecho en la Argentina; Luigi Pareyson, Hans Driesch, Paul Langevin, Pierre Janet, Alberto Einstein, George Dumas, W. Kohler, Federico Enriquez, Celestino Bougle, Hermann Keyserling, Desiré Roustand, Jacques Maritain, R. Garrigon-Lagrange, Manuel García Morante, Max Dessoir y tantos más que realizaron una obra fermentaria en el pensamiento y la cultura del país.

Entre las corrientes filosóficas que abrieron un amplio cauce en la vida filosófica del país, hay que mencionar la filosofía neokantiana que llega a través de Rickert, Windelband, Cohen, Natorp, Renouvier. Esta corriente influye en los estudios epistemológicos, lógicos y pedagógicos. Esta orientación filosófica venía siendo estudiada desde los hombres de la generación de 1910, particularmente de Korn, que los conocía profundamente. El bergsonismo había llegado a las cátedras de psicología y a los cursos de Introducción a la Filosofía, conjuntamente con la filosofía neohegeliana de Croce, Gentile, Baille y Collinwood. También esta corriente irrumpe a través de los hombres del Centenario, destacándose entre ellos, Alberini. Pero la generación de 1925 va a prolongar el esfuerzo exógeno y endógeno, incorporando al pensamiento argentino la filosofía de Husserl, Hartmann, Scheler, Simmel, Dilthey, Freyer, Heidegger. Esta dirección filosófica es troncal en el pensamiento filosófico de Francisco Romero. El pensamiento kantiano, en particular el pensamiento ético, la filosofía de Hegel, la filosofía axiológica, el existencialismo germánico y desde hace unos años el marxismo, alimentan los libros, el pensamiento y la *praxis* de Carlos Astrada. El pensamiento kantiano, Hegel y el existencialismo francés de Blondel, Marcel, con sesgos de investigación original, caracterizan la ubicación filosófica de Angel Vasallo. La filosofía tradicional, con fuentes en santo Tomás, Francisco Suárez y Juan de Santo Tomás, tiene representantes competentes y agudos, como Nimio de Anquín, Tomás Casares, Martínez Villada. El realismo filosófico tuvo un lúcido pensador en Alfredo Franceschi. El marxismo tuvo durante esta generación sus representantes más notables en Aníbal Ponce y E. Troise.

Los rasgos generales o trazas ubicadoras no apresan naturalmente la dimensión personal de los distintos autores de la generación de 1925. Pero

el método generacional no pretende captar los rasgos particulares de la solución individual, que sólo se encuentra en cada pensador y que escapa a las caracterizaciones generales. En los hombres de esta generación las corrientes europeas no llegan refractadas a través del pensamiento francés, como ocurría durante el siglo XIX. Llegan de modo directo y espontáneo, no sólo el pensamiento inglés y alemán, sino también las del pensamiento italiano, español y norteamericano. En este sentido se han limitado las influencias francesas. Esas limitaciones no afectan todavía de un modo visible las viejas esencias espirituales que Francia ha volcado en la cultura argentina. El pensamiento inglés contribuye con el pensamiento de autores como Russell, Whitehead, Moore, Alexander y otros. El carácter fuertemente idealista y bergsonianos del pensamiento de la generación de 1910, se integra con los hombres de la promoción de 1925 con las corrientes espiritualistas, que son dominantes en esta generación. En aquélla abundaban los profesores de idealismo; en la otra los cultores de la fenomenología, de la filosofía de la acción, de las corrientes del existencialismo. Como en las letras, abundan los "ismos" por donde se expande el pensamiento en una pluralidad de direcciones.

Cronología de la generación de 1925

Entre los autores y obras de la generación de 1925 figuran: Francisco Romero (1891), con sus obras *Filosofía de la persona y otros ensayos* (1944), *Sobre la historia de la filosofía* (1943), *Filosofía ayer y hoy* (1947), *Filosofía contemporánea* (1941), *Teoría del hombre* (1952). De Carlos Astrada (1894) con sus libros *El juego existencial* (1939), *La ética formal y los valores* (1938), *El juego metafísico* (1942), *Idealismo fenomenológico y metafísica existencial* (1936), *La revolución existencialista* (1952), *El mito gaucho* (1948) *Nietzsche y la crisis del irracionalismo* (1961), *Humanismo y dialéctica de la libertad* (1960), *Marx y Hegel* (1958), *El marxismo y las escatologías* (1957). Vicente Fatone (1903) tiene: *Misticismo épico* (1928), *Sacrificio y gracia* (1931), *Brahmanaspati, el Señor de la plegaria* (1940), *El budismo nihilista* (1941), *Introducción al conocimiento de la filosofía de la India* (1942); *Problemas de la mística* (1947), *El existencialismo y la libertad creadora* (1948), *Introducción al existencialismo* (1953), *Lógica y teoría del conocimiento* (1951), *Filosofía y poesía* (1955), *El hombre y Dios* (1955). Miguel Angel Virasoro (1900) tiene escritas las siguientes obras: *Una teoría del yo como cultura* (1928), *La lógica de Hegel* (1932), *La libertad, la existencia el ser* (1942), y muchos otros estudios desparramados en revistas especializadas. De Angel Vassallo (1902) son sus libros: *Elogio de la vigilia* (1939), *Nuevos prolegómenos a la metafísica del porvenir* (1945), *La ética de Kant y la metafísica de Hegel* (1945). De Luis Juan Guerrero: (1899-1957) *Die Entstehung einer allgemeinen Werthelehre in der Philosophie der Gegenwart* (1927), *Panorama de la estética alemana, como introducción al estudio de las corrientes estéticas actuales* (1931), *La generosidad en la filosofía cartesiana* (1937), *La conciencia histórica en el siglo XVIII* (1940),

Tres temas de filosofía argentina en las entrañas del "Facundo" (Buenos Aires, 1945) *Escenas de la vida estética* (1949), *Qué es la belleza* (1954), *Revelación y acogimiento de la obra de arte* (Buenos Aires, 1956), *Creación y ejecución de la obra de arte* (1957), *Promoción y requerimiento de la obra de arte* (inédito). Además este pensador profundo y original tiene importantes publicaciones de carácter docente. De León Dujovne (1899) recordamos: *La obra filosófica de José Ingenieros* (1930), *La psicología son lógica de los valores* (1930), *Spinoza* (1941-1945, cuatro tomos), *Psicología y filosofía de la persona* (1946), *Thomas Mann, las ideas y los seres en su obra* (1946). De Jorge Luis Borges, *Inquisiciones y otras inquisiciones* (1952). De Macedonio Fernández, *No todo es vigilia la de los ojos abiertos* (1928), Alfredo Franceschi (1891-1942) con su libro *La observación científica*, su tesis doctoral; su *Ensayo sobre el conocimiento científico*; y su obra sobre *Teoría del conocimiento*, y así tantos otros.

CONCLUSIONES

A través de este largo itinerario en la historia del pensamiento argentino, bien se advierte que las distintas generaciones han encarado los problemas del mundo, la vida y el país desde distintos puntos de vista, tratando siempre de ponerse a la altura de los tiempos, muchas veces en circunstancias históricas y concretas realmente difíciles. De esta manera el pensamiento y la cultura argentina han ido aumentando su densidad, su vigor y la calidad de sus manifestaciones. Ello no hubiera sido posible sin el aporte de las generaciones anteriores, que hicieron posible que, de una cultura y pensamiento de agua dulce y liviana, se haya ido pasando a una cultura y pensamiento de agua pesada y densa.

El pensamiento argentino, como el de los países de América Latina, se caracteriza durante el siglo XIX por su índole activa y sus urgencias prácticas. No se puede decir que las generaciones que se sucedieron durante el siglo XIX presenten pensamiento filosófico desinteresado o bien con modalidades originales muy acentuadas. Las promociones de 1810, 1821, 1837, 1853, 1866, 1880 estuvieron comprometidas en la dura brega de lograr unas la independencia y organización interna del país, otras en conducirlo por las vías del progreso, el bienestar y la cultura. Eran días en que había que actuar, oír, chocar, convivir, sufrir. La obra exigía todo el hombre, el hombre entero. Trabajaban con el corazón caliente y la pasión del mediodía de la vida. Hombres y pueblo animados de una gran vocación civil, iluminaban su acción con sistemas de ideas y creencias más o menos fundados. Las ideas eran más vividas que pensadas críticamente. No había pensamiento desinteresado, no podía haberlo.

Como, por lo demás, en casi todas las regiones de la América Latina, y sin olvidar las particularidades y diferencias, la historia del pensamiento argentino en el siglo pasado presenta las siguientes etapas: 1) la penetración y el desarrollo del iluminismo y la ideología, que comprende a la generación de 1810 y a la de 1821; penetración y desarrollo del romanticismo historicista, que se inicia con la generación de 1837 y se prolonga en el espiritualismo ecléctico de las promociones de 1853 y 1866. La penetración y desarrollo del positivismo filosófico y del cientificismo que abarca, respectivamente, las generaciones de 1880 y 1896; la penetración y desarrollo del idealismo y el bergsonismo, la filosofía epistemológica y la filosofía axiológica, que nutre el pensamiento de la generación del Centenario. Con la generación de 1925 se

acentúa el desarrollo de la ontología y de las corrientes espiritualistas. El pensamiento adquiere cada vez más rasgos de independencia, profundidad y crítica, sin las urgencias prácticas que caracteriza el pensamiento del siglo anterior. Sin que ello signifique que el pensamiento filosófico, que es esencial a la cultura fundamental, haya renunciado a orientar e iluminar a su modo las actividades y las valoraciones prácticas, que son algo si como el carbón y la llamarada, respectivamente. Todas estas bandas de pensamiento se han sucedido, naturalmente, sobre el fondo tradicional y cristiano de la cultura y el pensamiento de los argentinos. El *humus* y el suelo son siempre los del cristianismo occidental.

La originalidad del pensamiento argentino durante el siglo XIX reside en los aspectos de asimilación, selección y aplicación de las ideas europeas a las actividades prácticas de la cultura nacional. La influencia de Francia ha sido decisiva. No sería exagerado decir que algunos de los rasgos de la forma mental de los argentinos son de ascendencia gálica, tales como el sentido social de la cultura, el gusto de la claridad y la buena exposición, la sobriedad verbal, el amor de las artes y algunas preferencias filosóficas e ideológicas. En lo que va del siglo XX, con las generaciones del Centenario y la de 1925, los rasgos de originalidad, erudición, crítica y profundidad se han agudizado enormemente. La de 1910 ha sido una generación decisiva porque significó un cambio de rumbo en la historia del pensamiento argentino.

Hay necesidad de crear una tradición en el pensamiento argentino, o, mejor dicho, de tomar conciencia de esa tradición y no vivir con olvido de ella. Si cada generación desconoce la anterior o las anteriores, si reniega de lo que han hecho, si se las olvida, no hay manera de poseer una tradición de pensamiento y de cultura. La historia es continuidad y diferenciación al mismo tiempo. Sin continuidad las generaciones se tornan flotantes, sin raíces, sin arraigo, viven de espaldas a la historia y en situación postiza y falsa. Dentro de nuestra propia cultura encontramos los antecedentes que muchas veces buscamos afuera. Tenemos una tradición escolástica, una tradición iluminista y de ideología, una tradición de romanticismo historicista y de eclecticismo espiritualista, una tradición de idealismo y bergsonismo, de filosofía tradicional, una tradición de espiritualismo de nuevo cuño con la generación de 1925.

El método generacional que hemos aplicado al estudio de nueve generaciones argentinas, a ciento veinticinco años de historia del pensamiento argentino, nos ofrece una periodización que permite ver la estructura dinámica de la cultura argentina. Es más completo e iluminador que los otros métodos en boga. Naturalmente tiene sus limitaciones propias. La caracterización que se consigue por medio de la coetaneidad, la educación de las gentes, el pensamiento común, en fin, la atmósfera generacional no permite abarcar el aspecto personal y propio. Para ello hay que estudiar cada figura aisladamente, en lo que tiene de propio e intransferible. Pero esa tarea merece otras páginas.